

LA PALABRA

del Señor

PERMANECE PARA SIEMPRE



ABRIL-JUNIO
DEVOCIONES DIARIAS

Vol. 4, No. 2
del 1 de abril al 30 de junio de 2026

Autores devocionales diarios:
abril: Rvdo. Roberto Weber
mayo: Rvdo. Alejandro López
junio: Rvdo. Sergio Schelske

2026 © Proyecto VDMA
Misión LCMS América Latina y el Caribe
Para contactarnos: VDMA@lcmsintl.org

Se concede permiso para hacer copias de estas devociones para su distribución a otros. Al hacer copias, el material de este libro no se puede cambiar ni vender.



Producido por Proyecto VDMA con el apoyo de **Fundación Patrimonio Luterano.**

www.LHFmissions.org

Los textos bíblicos que aparecen en este libro son de la Reina-Valera 1960. *Oración y devociones diarias para individuos o familias* fue adaptado de *Culto Cristiano* © Publicaciones "El Escudo" 1978. *Otras oraciones para los días de la semana* fueron adaptadas de *Libro de Oraciones* por Juan Federico Starck. David Haeuser, traductor. Misión del Sínodo Evangélico Luterano. Lima, Perú. 1995.



Oración y devociones diarias para individuos o familias

Líder: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos: Amen.

Todos: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación; más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

Todos: Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestra Señor; que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; la santa iglesia cristiana, la comunión de los santos; el perdón de los pecados; la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.

Usar si orando en la mañana:

L: A Ti he clamado, ¡oh, Señor!

T: Y de mañana mi oración se presentará delante de Ti.

L: Sea llena mi boca de tu alabanza:

T: De tu gloria todo el día.

L: Señor, esconde tu rostro de mis pecados:

T: Y borra todas mis maldades.

L: Crea en mí, ¡oh, Dios!, un corazón limpio:

T: Y renueva un espíritu recto dentro de mí.

L: No me eches de delante de Ti:

T: Y no quites de mí su Santo Espíritu.

L: Dígnate, Señor, en este día:

T: Preservarnos de pecado.

Usar si orando en la tarde:

L: Bendito eres Tú, ¡oh Señor Dios de nuestros padres!

T: Y digno de ser en gran manera alabado y glorificado para siempre.

L: Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

T: Le bendecimos y magnificamos para siempre.

L: Bendito eres Tú, ¡oh, Señor!, en la expansión de los cielos:

T: Y digno de ser alabado y glorificado y ensalzado para siempre.

L: El Todopoderoso y misericordioso Señor nos bendiga y preserve:

T: Amen.

L: Dígnate, Señor, en esta noche:

T: Preservarnos de pecado.

Para la mañana y la tarde

L: Señor, ten piedad de nosotros:

T: Ten piedad de nosotros.

L: Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros:

T: A la manera que en Ti esperamos.

L: Escuchas, Señor, mi oración:

T: Y está atento a la voz de mis ruegos.

***Ahora lee el texto bíblico y la meditación para la fecha de hoy,
que encontrarás in este libro devocional diario.***

Oración final de la mañana (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido en la noche pasada de todo mal y peligro, y te ruego que también en este día me guardes de pecado y todo mal, para que te agraden mi vida y todas mis obras. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Amén

Oración final de la tarde (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido con tu gracia durante el día. Te ruego que me perdones todos mis pecados que he cometido y con los cuales he hecho mal, y me guardes con tu gracia en esta noche. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Tu santo ángel sea conmigo, para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí. Amén.

La Bendición

L: La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con todos nosotros.

T: Amén.

Otras oraciones para los días de la semana

Domingo por la mañana

Oh Dios misericordioso, permite que pase este domingo en tu temor y tu gracia. Guárdame de malos compañeros, para que Satanás no me impida asistir al culto divino con sus agentes malignos, y ayúdame a rehusar seguir sus engaños. Guárdame, para que no pase este día en ocio, indolencia, pasatiempos y pecados, y así hacerle grave daño a mi alma. Concédeme tu Espíritu Santo para que oiga y aprenda gustosamente tu santa palabra hoy. Cuando se predica esta palabra, abre mi corazón para que preste atención y la reciba, y la guarde allí como un tesoro precioso. Ayúdame a edificarme este domingo en mi fe cristiana, y a crecer en el conocimiento de la verdad. Concede que la palabra que oiga en la iglesia me cambie y me santifique. Amén.

Domingo por la tarde

Este es el día que ha hecho el Señor; nos alegraremos y nos regocijaremos en él. Te doy gracias, Oh Dios, por las muchas bendiciones que me has dado en este día. Fue en un domingo que Jesús, mi Salvador, resucitó del sepulcro, y en que el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles. Por tanto es apropiado que en este día traiga a la memoria mi redención por medio de Jesucristo, y el don del Espíritu Santo, que fue derramado en abundancia sobre mí en el santo Bautismo. Te doy gracias por la palabra pura y santa, la cual ha sido predicado en este día conforme a tu ordenanza para la instrucción y edificación de mi alma. Amén.

Lunes por la mañana

Hazme oír tu misericordia en la mañana; porque en ti confío: hazme conocer el camino en que debo andar; porque a ti levanto mi alma. Dios santo, bueno, el único sabio, tú has creado los cielos, y has puesto los fundamentos de la tierra. Has ordenado el cambio de noche a día, de luz a tinieblas, de labor a descanso, para que se refresquen los hombres y las bestias. Te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana por tu sabiduría y tu fidelidad paterna. Misericordiosamente has escuchado mis oraciones, y me has preservado durante la noche pasada de la enfermedad y de otros males. Has rodeado con tu protección a todo lo mío. Señor, grandes son tus obras que has manifestado a los hombres; tu misericordia está en los cielos, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes. Yo me dormí, pero tú vigilaste. Dormido, yo estaba como muerto, pero tú me has hecho ver otra vez la luz del sol. Amén.

Lunes por la tarde

En paz me acostaré y dormiré; porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado. Oh, Dios eterno y todopoderoso, éstos son mis pensamientos de la tarde ahora que busco descansarme. ¿Cómo te daré suficientes gracias porque tú has guardado mi salir y entrar de modo que no he sufrido ningún daño? Tú me has dado comida y bebida; me has consolado y refrescado; tu visitación ha preservado mi espíritu; y por medio de ti y de tu gracia aún vivo en este día. Todas estas y otras misericordias son voces que me invitan a alabarte. Por tanto, ¡bendice, alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre! ¡Bendice alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios! Amén.

Martes por la mañana

Oh Dios misericordioso, cuya bondad y fidelidad se renuevan cada mañana, te doy gracias y alabanza con corazón y voz porque otra vez me has permitido levantarme en salud de mi cama esta mañana, y has preservado mi cuerpo de daño y mi alma de pecado. ¡Cuán excelente es tu misericordia oh, Dios! Por eso los hijos de los hombres ponen su confianza bajo la sombra de tus alas y están protegidos allí por tu poder. La oscuridad ha pasado, y veo otra vez la luz del sol. Concédeme la gracia de andar en tu luz todo este día, y a huir de las obras de las tinieblas. Amén.

Martes por la tarde

Señor, al pasar este día, quita mis transgresiones. Jesús, borra mis pecados con tu santa sangre. Espíritu Santo, asegúrame del perdón de todos mis pecados antes que me duerma. Cuando estoy así absuelto de toda mi culpa, oh, Dios trino, con calma me dormiré, y mañana seré más diligente para evitar todo lo que te desagrade. Padre mío, cúbreme a mí y a mi familia con tu amor. Mi Jesús, en tus heridas descanso en paz y seguridad. Oh, Espíritu Santo, antes de dormirme, inspira en mi corazón el último suspiro con que encomiendo mi espíritu en las manos de Dios. Amén.

Miércoles por la mañana

¡Despierto, y aún estoy contigo, oh, Dios misericordioso, y amante, mi Roca, mi Fortaleza y mi Libertador, mi Escudo y el Cuerno de mi Salvación, y mi Torre Fuerte! Levanto mi voz en esta hora temprana al trono de tu gracia, y te doy gracias porque durante la noche que ha pasado has preservado mi cuerpo y mi alma de todo daño. Bendito sea el Señor todos los días, y bendito sea su nombre para siempre. Dios mío, tu preservas mi vida día con día, para que pueda prepararme para la eternidad y entregar mi alma a ti como tu posesión y morada. Tú me has creado para la vida eterna. No quieres que perezca, sino que me arrepienta y viva. Concede que yo me ocupe este día con mi propia salvación con temor y temblor. Oh, Jesús, mi Mediador, haz mi corazón tu morada. Amén.

Miércoles por la tarde

Perdóname oh, Dios misericordioso, todos los pecados que haya cometido contra ti este día en pensamiento, palabra y obra. Ayúdame a dejar, junto con mi ropa, cada mal costumbre, impropiedad y pecado. Concede que mañana y por lo demás de mi vida los aborrezca y los abandone. Ayúdame a desvestirme, según la antigua manera de vivir, al viejo hombre, y nunca a volverlo a poner. Durante la noche que viene permite que yo, junto con todos mis parientes y los miembros de mi casa, duerman en paz y seguridad bajo tu gracia protectora. Amén.

Jueves por la mañana

Escucha, oh, Señor, mis palabras; considera mi suspiro. Atiende a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré. Oh, Dios bondadoso y misericordioso, te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana, no solamente porque como un padre me has sostenido y preservado desde mi juventud, sino también porque has sido mi protección y mi auxilio durante la noche pasada, y has permitido que otra vez me levante con salud para alabarte y ver la bienvenida luz del día. Prometo en esta hora de la mañana que te serviré con cuerpo y alma, y me entregaré enteramente a ti. Estoy resuelto de que mi boca no ofenderá hoy con el resultado de cargarme con una gravosa responsabilidad a causa de conversación necia y palabras pecaminosas. Mora en mí, santifica, guía y límpiame más y más por tu gracia. Amén.

Jueves por la tarde

Oh, Dios y Padre generoso y misericordioso, otra vez vengo ante tu rostro en esta hora de la noche con un corazón agradecido porque tu gracia ha derramado sobre mí innumerables bendiciones. Tu longanimidad me ha perdonado; porque no me has castigado como merecí. Perdona todas mis transgresiones con que te he ofendido abiertamente o en secreto. Debo ser más fuerte en combatir el pecado, más celoso en las buenas obras, más cuidadoso al hablar, más piadoso en mi conducta. Desde ahora permite que evite con diligencia todas las cosas con las cuales te he ofendido hoy. Si mis pecados son grandes, tu misericordia es mucho más grande; si tú no fueras un Dios misericordioso Señor, ¿quién podría vivir? Ahora me acuesto para descansar. Cierra detrás de mí, oh, Dios, la puerta, como hiciste con el arca de Noé, para que ninguna inundación de tribulación me pueda anegar. Permite que tus santos ángeles me tomen en su protección, para que mis enemigos, visibles o invisibles, no estorben mi sueño. Amén.

Viernes por la mañana

Mi corazón está firme oh, Dios; está firme mi corazón. Cantaré y entonaré salmos. Oh, Dios misericordioso, y amante, mi Padre, Redentor y Santificador, levanto mi corazón y mis manos en esta hora de la mañana al trono de tu divina majestad, desde donde tantas bendiciones han sido derramadas sobre mí durante toda mi vida, y también durante la noche pasada. Durante esta noche tú has sido mi Fortaleza, mi Protección, mi Libertador, mi Castillo Fuerte, mi Auxilio en toda necesidad, mi Consuelo, mi Escudo, sí, Todo para mí. Oh, Dios y Señor mío, reconozco que no soy digno de todas estas bendiciones. Tú pensaste de mí en medio de la oscuridad; y mientras las sombras oscuras mi rodeaban, tu cuidado paternal protegió mi cuerpo y mi alma contra el daño y peligro. Por tanto te alabo y magnifico tu nombre. El Señor ha hecho grandes cosas para mí, me alegraré. Amén.

Viernes por la tarde

Ahora me acuesto para descansar, mi Jesús. Cubre los dinteles de mi corazón con tu santa sangre para que no se me acerque ningún mal. Si tú estás conmigo, no temeré. Has estado a mi lado durante el día, en dondequiera que he ido. Has puesto tu bendición en todas mis actividades. Has prosperado todo lo que he emprendido en tu nombre. Quisiera que las palabras de José hubieran sido mi lema constante durante este día: "¿Cómo, pues, puedo hacer este gran mal y pecar contra Dios?" Perdóname en misericordia todo el mal que he cometido, hablado o pensado contra ti durante este día. Con la declinación del día permite que se desvanezcan también mis pecados y el castigo por mis pecados, para que no sean recordados eternamente. Amén.

Sábado por la mañana

Hazme saber oh, Jehovah, mi final, y cuál sea la medida de mis días, para que pueda saber lo frágil que soy: tales son mis pensamientos, Oh Dios fuerte y todopoderoso, ahora que he alcanzado el fin de la semana; porque tú me has permitido levantarme con salud en este último día de la semana. Te alabo en esta hora de la mañana, porque me has protegido y defendido tan gloriosa y poderosamente en cuerpo y alma, de modo que no ha podido estorbarme ningún peligro ni aflicción. Dios mío, tan poco como las estrellas del firmamento, como la arena a la orilla del mar, como las gotas de agua en el mar se pueden enumerar, tan poco puedo contar las bendiciones que he recibido de ti durante toda mi vida, y también durante esta semana. Amén.

Sábado por la tarde

Grandes cosas ha hecho Jehová para mí, me alegraré. Es apropiado que hable así, Señor y Dios mío, ahora que he llegado con seguridad al final de una semana ¡Qué excelente es tu misericordia oh, Dios! Dios mío, has extendido tus alas sobre mí, me has guardado en salud y me has bendecido; me has acompañado y preservado; me has manifestado innumerables beneficios en cuerpo y alma y también has permitido a mis seres queridos gozar de tu protección y tu gracia. Seguramente es Dios quien ha hecho todo esto; es obra del Señor que yo haya pasado esta semana en seguridad. Debido a todo esto, permite que te ofrezca mi amor, alabanza, y ferviente exaltación desde lo más profundo de mi alma. Recibe mis acciones de gracias por tu protección y tu gracia; por tu amor y tu auxilio; por todos los beneficios que me has otorgado en cuerpo y alma. Amén.

ABRIL
El texto bíblico y la meditación

1 de abril

Texto: Éxodo 10:21 -11:10

La Luz de Cristo

“...hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto, por tres días. Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones” (Éxodo 10:21-23).

La oscuridad en Egipto fue tan densa que podía palpase. No solo no permitió a los egipcios el verse entre unos y otros, sino que los dejó en un frío tenebroso de muerte, ya que sin fuego que ilumine, tampoco había fuente de calor. Los dejó como muertos enterrados en un cajón, porque no podían ver ni moverse de su lugar. Esto reflejaba su realidad espiritual, porque ellos tenían su fe puesta en otros dioses que no podían salvar, que no podían perdonar y que a menudo estaban malhumorados por alguna loca razón. Su idolatría no les permitía ver ni moverse más allá de esa vida de muerte.

El pecado con el que lidiamos constantemente es nuestra oscuridad que nos enceguece en el odio, la envidia, la codicia, la lujuria, entre otras pasiones de la carne. Todas ellas, aunque atractivas a nuestra carne miserable, nos cubren con una densa oscuridad. Pero tal como el pueblo de Israel, que tuvo luz durante los tres días de tinieblas, nosotros tenemos la Luz de Cristo, ante la cual venimos para que nuestros pecados queden expuestos en confesión y ya no haya nada que ocultar en la oscuridad (lee Jn 3:19-21). La Luz de Cristo vino a nosotros y ya no andamos en tinieblas, porque por la fe lo seguimos, y Él dijo: *“el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8:12).*

Padre, gracias por tu Espíritu Santo que nos ilumina con la Luz de Cristo, guíanos siempre a la Luz de tu Evangelio. En el nombre de Jesús. Amén.

(En nuestra oscuridad, HL #777)

En nuestra oscuridad, enciende la llama de tu amor,
Señor, de tu amor, Señor.
En nuestra oscuridad, enciende la llama de tu amor,
Señor, de tu amor, Señor.
En nuestra oscuridad...

2 de abril - Jueves Santo

Texto: Éxodo 12:1-28

Marcados con sangre

“pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto...; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad” (Éxodo 12:12-13).

El Señor no solo vino aquella noche a Egipto para juzgar a los egipcios, sino que también pasó por la casa de los israelitas. La diferencia fue que éstos últimos tenían un mandato y una promesa: debían sacrificar un cordero macho y sin defecto; comerlo entre familia y vecinos; y marcar el dintel de la puerta con la sangre del cordero antes de dormir. Si alguno no lo hiciera, faltando así al mandamiento y no creyendo en la promesa, sufriría junto con los egipcios la muerte de los nacidos primeros.

Tal como aquel día, Dios juzga hoy a todos por igual, porque la Ley divina, que nos muestra nuestra culpa y pecado, es la misma para todo el mundo. Él no hace acepción de personas (Ro 2:11). La diferencia entre aquellos que serán condenados y aquellos que serán salvados de la muerte eterna es la fe, que se aferra a la promesa, al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn 1:29). Aunque no somos menos pecadores que los demás, Dios en su gracia quiso que por la fe seamos limpiados por la sangre de nuestro Cordero pascual (1 Pe 1:18-19). Y en este Jueves Santo, también nos alimenta del mismo Cordero, que viene en Cuerpo y Sangre, en el Pan y el Vino, trayéndonos paz, perdón y salvación.

Padre, tu Espíritu nos prepare para recibir tu Santo Cordero en el altar. En el nombre de Jesús. Amén.

(Cordero fiel - HL #473, estr.2)

*Cordero fiel, moriste por mí,
Y en alta cruz, salvado yo fui.*

Del Padre enviado, Cordero Pascual,
Fiel, sin pecado, varón sin igual;
Mis culpas cargas y dices por mí:
“Elí, Elí, ¿lama sabactani?”.

3 de abril - Viernes Santo

Texto: Éxodo 12:29-32; 13:1-16

Libres para servir

“dedicarás a Jehová todo aquel que abriere matriz, y asimismo todo primer nacido de tus animales; los machos serán de Jehová... Y cuando mañana te pregunte tu hijo, diciendo: ¿Qué es esto?, le dirás: Jehová nos sacó con mano fuerte de Egipto, de casa de servidumbre” (Éxodo 13:12, 14).

Como primogénito, nacido de la virgen María, Jesús fue dedicado al Señor. En el caso de cualquier otro primogénito, esto era para recordar aquel día en que Dios liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto por medio de grandes señales y prodigios que concluyeron con la muerte de los primogénitos. Pero en el caso de nuestro Señor, esto no fue un simple recordatorio, sino que Él venía para liberar a su pueblo de la esclavitud del pecado (Jn 8:34, 39), pero no por medio de la muerte de otros primogénitos, sino por la muerte suya, como primogénito castigado en nuestro lugar.

En este Viernes Santo, contemplamos al primogénito del Padre celestial muriendo cruelmente en una cruz por todos nosotros. Contemplamos con fe el precio de nuestra redención, lo que le costó a Dios liberarnos de la culpa que nos condenaba. Allí vemos que el pecado no es broma ni poca cosa, sino una enfermedad terrible que acaba con el alma misma. Fue por esto que sólo Dios hecho Hombre podía salvarnos. Sólo su sangre era suficiente para cubrir nuestras maldades y limpiarnos de nuestros pecados. Dios tenía que morir para que su criatura pudiera vivir por eso se hizo hombre, por eso nació. Mira la cruz donde murió tu Dios encarnado y recuerda que tu Dios te ama más allá de tu entendimiento y que eres libre para servirle todos los días de tu vida (Lc 1:73-75). Amén.

Padre, perdona nuestro pecado, en nombre de Cristo. Amén.

(Afligido y castigado - HL #475, estr.3)

Si te burlas del pecado,
No sabiendo su poder,
Dios aquí te lo ha quitado
Con la culpa infame, cruel.
El que así fue afligido,
El que lleva carga tal,
Del Señor es el Ungido:
Dios como hombre es al igual.

4 de abril

Texto: Éxodo 13:17 - 14:9

Emanuel

“Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche” (Éxodo 13:21).

Algunos creen que Dios mandó una columna de nube de día y una de fuego de noche como instrumentos para guiar a su pueblo, pero estas no fueron simples instrumentos de guía. La Palabra dice: *“Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles”*. Dios mismo peregrinaba con ellos, yendo al frente de su pueblo, guiándolos de día y alumbrándolos en la noche.

Hoy en día es fácil pensar que Dios está allá lejos en el cielo, mientras yo vivo y lucho aquí abajo cada día. La razón es que no tenemos una columna de nube o de fuego a nuestro lado, donde podamos ver con nuestros ojos la presencia del Señor. Entonces las dudas y el sentimiento de soledad acechan en la debilidad. Pero abramos los ojos de la fe, porque nuestro Dios no es un Dios lejano, ajeno u ofendido con nosotros, sino que por la cruz de Cristo se reveló como Dios Emanuel, Dios con nosotros, a nuestro lado, a favor nuestro, yendo delante y guiándonos a la tierra celestial prometida no con milagros increíbles, sino con la voz de su Palabra. Él está más cerca de ti de lo que tú puedes entender y se compadece de ti en tus luchas y sufrimientos, y quiere darte reposo y consuelo hablándote al corazón. Por eso, que no te falte nunca la Palabra de tu Señor.

Padre, tu Espíritu nos guíe siempre con tu Palabra a Cristo. En el nombre de Jesús. Amén.

(El Señor es mi Luz - HL #580, estr.3)

¡Oh, Señor! Enséñame el camino,
Guíame por la senda verdadera.
Gozaré de la dulzura del Señor
En la tierra de la vida.

5 de abril - Domingo de Pascua

Texto: Éxodo 14:10-31

¡Cristo ha vencido!

“No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (Éxodo 14:13-14).

El pecado es nuestro Egipto, que nos tiene esclavizados en maldad (Jn 8:34) y que no nos permite vivir sin hacer, pensar o decir lo malo y lo repugnante ante los ojos de Dios. Algunos, batallando duro, logran dejar alguna que otra mala costumbre o vicio, pero eso no nos hace vencedores y mucho menos merecedores de la vida eterna, *“Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos”* (Stago 2:10). La lucha contra el pecado y la culpa no es una lucha que podemos ganar, y perder significa morir eternamente lejos de la presencia de Dios.

Pero hoy, ante la tumba vacía, resuena el llamado de Moisés para todos: *“No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros”*. El pecado y la culpa, Jesús los cargó y les dio muerte en la cruz (Col 2:13-15). El diablo fue vencido en el desierto (Mt 4:1-11) y a en cada exorcismo. Y la muerte que se tragó al que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14:6) fue derrotada desde adentro (Heb 2:14-15; Isa 25:8). Dios hecho hombre peleó por nosotros y por Él tenemos la victoria sobre el pecado, el diablo y la muerte. Esta es la victoria de nuestra fe, esta es la fe que vence al mundo (1 Jn 1:4-5). Y cuando llegue el fin y seamos resucitados para vida eterna (1 Tes 4:13-17), al igual que Israel, *“nunca jamás para siempre”* veremos a nuestros enemigos.

Padre, gracias por la victoria en Cristo Jesús. Amén.

(¡Aleluya! ¡Cristo ha vencido! - HL #514, estr.1)

¡Aleluya!
¡Cristo ha vencido!
¡Resucitando victoria nos dio!
¡Todo el honor
Sea al cordero,
Que por su muerte los cielos abrió!

6 de abril

Texto: Éxodo 15:1-18

Título

“Cantaré yo a Jehová, porque se ha magnificado grandemente; Ha echado en el mar al caballo y al jinete. Jehová es mi fortaleza y mi cántico, Y ha sido mi salvación. Éste es mi Dios, y lo alabaré; Dios de mi padre, y lo enalteceré” (Éxodo 15:1-2).

Alabar es admirar a alguien o exaltarlo por sus cualidades o méritos. La tentación de la carne es siempre a alabarse a sí misma, porque, al admirar las cualidades buenas en nosotros, sube nuestra autoestima y nuestra autosatisfacción. Pero cuando uno permite que la carne se alabe a sí misma, Dios queda fuera de la ecuación y uno comienza a verse a sí mismo como la fuente de todo lo bueno que tiene y disfruta, ignorando que es Dios quien nos da la vida, capacidades, oportunidades, tiempo y bienes.

Por el contrario, alabar a Dios, exaltar sus cualidades y todo lo que Él ha hecho y aún hace por nosotros, nos lleva a vaciarnos a nosotros de nosotros mismos para ser llenados del amor de Dios. El reconocer que todo lo que somos y tenemos viene de Dios nos lleva a alabarlo a Él en gratitud por su bondad y misericordia. El saber que nos salvó, aunque no merecíamos más que castigo y condena por nuestros pecados, nos lleva a alabar su nombre, porque sufrió nuestros dolores por amor a nosotros, para que, en vez de una muerte eterna, nos espere una vida eterna lleva de paz y alegría infinita a su lado. Por Cristo Jesús, por su muerte y resurrección alabamos con himnos y salmos a la Santa Trinidad, que quiso darnos vida con Él por medio del Hijo.

Padre celestial, guíanos con tu Espíritu Santo a alabarte por la salvación que nos diste en Cristo Jesús. En su nombre oramos. Amén.

(De boca y corazón - HL #982, estr.1,3)

1. De boca y corazón Load al Dios del cielo,
Pues nos dio bendición, Salud, paz y consuelo.
Tan sólo a su bondad Debemos nuestro ser;
Su santa voluntad Nos guía por doquier.

3. Dios Padre, Creador, Con gozo te adoramos.
Dios Hijo Redentor, Tu salvación cantamos.
Dios Santificador, Te honramos en verdad.
Te ensalza nuestra voz, Bendita Trinidad.

7 de abril

Texto: Éxodo 15:19 – 16:12

La dulzura de la cruz

“No pudieron beber las aguas de Mara, porque eran amargas.... Entonces el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Qué hemos de beber? Y Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron” (Éxodo 15:23-25).

La palabra “árbol” en el idioma original del Antiguo Testamento es “ets”. Esta palabra hebrea no sólo se traduce como “árbol”, sino también como “madero”. Por esta razón, los pastores de los primeros siglos vieron este suceso del Antiguo Testamento como algo que apuntaba directamente a la cruz de Cristo. Pues Pablo dice: *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gál 3:13).*

La amargura del pecado arruinó todo lo hermoso que Dios creó para nosotros. En vez de disfrutar de las relaciones con los demás, a menudo luchamos con disgustos y ofensas. En vez de celebrar el don de la familia en perfecta unión, a menudo el matrimonio se encuentra en luchas internas entre cónyuges o con sus hijos. En vez de disfrutar de la perfecta relación con Dios, el pecado hace que diariamente lo dejemos de lado y hagamos lo que a Él le ofende. Así, todo lo hermoso que Dios quiso para nosotros al principio quedó afectado por la amargura del pecado. Sólo la cruz de Cristo puede endulzar las aguas de la vida, porque sólo por Cristo es que tenemos perdón y paz con Dios y, ya perdonados, podemos reconciliarnos con nuestro cónyuge, nuestros hijos, familiares y amigos. Sólo el madero de la cruz, cruel y sangriento como se lo ve, tiene el poder de endulzar nuestra vida incluso ante la muerte.

Gracias, Padre, por la dulzura del Evangelio de Cristo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Canta fuerte ,lengua mía - HL #485, estr.4)

¡Oh, cruz fiel y venerable,
Árbol noble del perdón!
Sin igual es tu follaje,
Sin igual tu fruto y flor.
Dulce leño, dulces clavos,
Que sostienen al Señor.

8 de abril

Texto: Éxodo 16:13-35

Pan del cielo

“Así comieron los hijos de Israel maná cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada; maná comieron hasta que llegaron a los límites de la tierra de Canaán” (Éxodo 16:35).

Después de las quejas del su pueblo ingrato, el Señor les envió codornices por la tarde, para que tuvieran carne para comer, y por las mañanas los alimentó con maná, que era un pan chato que aparecía en la mañana. Y ellos debían juntar lo justo y necesario para cada día, porque si juntaban más de lo que necesitaban, entonces el maná se pudría y le aparecían gusanos. La cantidad que juntaban reflejaba su confianza en el Señor, ya que quien juntaba para tener y guardar terminaba con un pan hediondo y agusanado, pero quien juntaba lo justo se saciaba sin problemas.

Claro que no está mal hoy día ser precavidos y ahorrar dinero mientras podamos, pero el problema aparece cuando nuestra confianza y seguridad para el futuro descansan en nuestros ahorros o herencia y no en Dios. El dinero en sí no es un problema, pero el amor al dinero sí lo es (1 Tim 6:10). Quien pone su corazón en cosas corruptibles, se encontrará amontonando cosas para los gusanos. Pero quien pone su corazón en Dios y descansa en Él con fe, disfruta de lo temporal con gratitud, ayudando a los que más lo necesitan. Tal persona entiende por la fe que el pan más precioso no es de este mundo, sino que es Cristo, quien vino del cielo para nutrirnos de vida eterna (Jn 6:33-35). Sabiendo esto: *“haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan” (Mt 6:20).*

Padre amoroso, danos siempre el Pan que fue partido en la cruz por nosotros para darnos vida. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, Pan del cielo, dulce bien! – HL #722, estr.1,4)

1. ¡Oh, Pan del cielo, dulce bien
Más excelente que el maná!
Si el alma busca tu sostén,
Eternamente vivirá.

4. ¡Oh, Tú, mi Pan sacramental
Que a mi alma nutre y da vigor!
En vida y júbilo inmortal
Diré las glorias de tu amor.

9 de abril

Texto: Éxodo 17:1-16

Fidelidad a cambio de infidelidad

“He aquí que yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb; y golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo”.... Y llamó el nombre de aquel lugar Masah y Meriba, por la rencilla de los hijos de Israel, y porque tentaron a Jehová, diciendo: “¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?” (Éxodo 17:6-7).

Cuesta creer que el pueblo de Israel, después de ver a Dios guiándolos en la columna de nube y de fuego, peleando por ellos contra Faraón en el Mar Rojo, proveyéndoles milagrosamente de carne y maná, pueda llegar a dudar del amor y la presencia de Dios. Pero así de miserables y desconfiados somos todos, que podemos recordar muchísimas ocasiones en las que Dios nos sostuvo, nos guio y nos proveyó de todo lo necesario, y aun así dudamos de si está o estará con nosotros. Quizás pienses: *“Si yo hubiera visto esos milagros que vieron los israelitas jamás dudaría de Dios”*, pero solo date tiempo para ver cómo dudas de Aquel que no te ha mostrado más que fidelidad.

Dios nos conoce bien... ve hasta lo más profundo del corazón. Sin embargo, no nos trata como merece nuestra desconfianza y duda, sino que nos llama al arrepentimiento una y otra vez, para que confiemos en su amor, recibamos su perdón y seamos reafirmados en sus promesas. Mira esta verdad consoladora: *“Si fuéremos infieles, él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo”* (2 Tim 2:13). Es decir, Dios no deja de amarnos en Cristo, nuestra Roca fuerte (1 Cor 10:4), no se cansa de nosotros, como si fuera un simple mortal, sino que permanece fiel a sus promesas, bendiciéndonos diariamente con su perdón.

Padre celestial, bendito seas porque tu misericordia permanece para siempre en Cristo Jesús. En el nombre de Jesús. Amén.

(Jesús es la roca - HL #795, estr.1)

Jesús es la roca de mi salvación,
Él es quien me libra de condenación.
Jesús es mi fuerte, leal protector,
Viviendo en su gracia demuestro su amor.
Aquel que en Él cree, salvado será.
Aquel que en Él cree, salvado será.

10 de abril

Texto: Éxodo 18:5-27

Nunca solos

Entonces el suegro de Moisés le dijo: “No está bien lo que haces. Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo” (Éxodo 18:17-18).

Moisés trataba de mantener el buen orden entre un pueblo de miles de personas, atendiendo a cada caso y problema que le aquejaba a cada uno. En su ignorancia, encaró esta tarea solo, haciendo todo lo que podía para ayudar a todos, pero su trabajo era insostenible. Su suegro le advierte, diciéndole que si sigue haciendo las cosas así *“Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo”*. Moisés se estaba haciendo daño al punto que tarde o temprano ya no podría ser de ayuda para nadie.

Sea por ignorancia, por terquedad u orgullo, muchos de nosotros tendemos a encarar las cosas solos, porque, en principio, es nuestra responsabilidad o nuestro problema no queremos “molestar” a los demás. Pero el aislarse y cargar solos con todo es una bomba de tiempo. No importa si lo que cargas es un secreto pesado, luto deprimente, expectativas laboral irrealistas, proyectos desafiantes, entre otras cosas, no podemos solos con todo. Así como los Diez Mandamientos lo ponen en orden, primero nos apoyamos en Dios, quien nos dio la vida y nos amó profundamente en Cristo Jesús, y segundo, en aquellos que Dios puso a nuestro lado como prójimos. Por eso, reconozcamos en humildad que no somos autosuficientes, sino que tenemos un Dios que nos ha mostrado que, aunque podía hacerlo todo solo, sin ayuda de nadie, quiso usarte a ti y a mí como instrumentos de su amor. Mira a Cristo, mira a tu familia en la fe, porque no estás solo.

Padre, guíanos siempre a tomar buenas decisiones. Por Cristo Jesús. Amén.

(¡Oh, Cristo! Tu ayuda - HL #452, estr.1,3)

1. ¡Oh, Cristo! Tu ayuda yo quiero tener;
En todas las luchas que agitan mi ser.
Tan solo Tú puedes la vida salvar,
Tú solo la fuerza le puedes prestar.

3. ¡Oh, Cristo!, Ya quiero tus huellas seguir
Y gracia constante de Ti recibir;
Hallar en mis noches contigo la luz,
Y alivio a mis penas al pie de la cruz.

11 de abril

Texto: Éxodo 19:1-25

El primer pacto

“Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Éstas son las palabras que dirás a los hijos de Israel” (Éxodo 19:5-6).

Dios había elegido al pueblo de Israel como su pueblo, por la promesa dada a Abrahán, pero este pueblo, para ser el tesoro especial por sobre todos los pueblos, debía oír la voz de Dios y guardar su pacto. Sin embargo, como podemos leer a lo largo del Antiguo Testamento, el pueblo se desvió del pacto y se fue detrás de dioses ajenos, por lo cual Dios los castigó para que se arrepientan y vuelvan a Él.

Nosotros, como pueblo de Dios, somos igual de miserables. Aunque creemos en Él, no tardamos en dejarlo a un lado cuando encontramos algo más llamativo o cuando el pecado nos tienta a poner nuestra confianza en nosotros mismos o en cosas terrenales. Por lo tanto, si por nosotros fuera, el pacto con Dios habría quedado invalidado para nosotros, porque no podemos si quiera cumplir con nuestra parte. Pero damos gracias a Dios que *“muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Ro 5:8). Bajo el Antiguo Pacto ninguno podría haber sido salvo, porque ninguno de nosotros puede cumplir la Ley de Dios. Pero por Cristo Jesús, ahora somos parte de un nuevo pacto y tenemos un Nuevo Testamento: *“Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna”* (Heb 9:15).

Gracias, Padre, por el nuevo pacto en Cristo Jesús. Amén.

(Fui en tu nombre bautizado, HL #860, estr.4)

Señor, mi Dios, fiel cumplimiento
Al pacto hecho Tú darás;
Si yo quebrare el mandamiento,
Tu gracia no me negarás.
Cual hijo tuyo, por amor,
Presérvame de todo error.

12 de abril

Texto: Éxodo 20:1-24

Los Diez Mandamientos

“No tendrás dioses ajenos delante de mí... No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano... Acuérdate del día de reposo para santificarlo... Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da. No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No hablarás contra tu prójimo falso testimonio. No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna. de tu prójimo” (Éxodo 20: 3, 7-8, 12-17).

Es cierto que los Mandamientos, como nos enseña el Catecismo Menor, funcionan como un espejo que nos muestra nuestro pecado, nuestra culpa y justa condena delante de Dios. Delante de la Ley, por nuestro pecado, éramos malditos. Por eso dice San Pablo que *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición”* (Gál 3:13). Aunque Él cumplió los mandamientos de Dios a la perfección, murió como alguien que jamás cumplió ninguno, murió como maldito, porque estaba muriendo en la cruz en tu lugar y en el mío. Así Dios nos salvó por medio del Hijo de la maldición de la Ley.

Como cristianos libres por la gracia de Dios en Jesús, no tenemos miedo a la Ley, sino que nos damos cuenta de que ella expresa todo lo que en verdad queremos y nos gustaría hacer en la fe para servir al Señor, porque ella expresa todo lo que es bueno, todo lo que Dios aprueba. Él nos salvó para que *“librados de nuestros enemigos, sin temor le sirviéramos en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días”* (Lc 1:73-75).

Padre celestial, perdona nuestro pecado contra tu ley y permítenos vivir en santidad; por Jesucristo. Amén.

(Nos ha llegado salvación - HL #804, estr.9,10)

9. La Ley así revelará Conciencia del pecado;
El Evangelio en cambio da La vida al condenado:
Le dice “Ven, y cree en Jesús, Descanso hay solo en la cruz,
La Ley no es tu consuelo”.

10. Las buenas obras no vendrán Mas que por tal fe pura;
Ni aun las obras faltarán Donde esta fe perdura.
La sola fe nos da perdón, Las obras nuestro sello son
De que la fe tenemos.

13 de abril

Texto: Éxodo 22:20 – 23:13

El descanso necesario

“Seis años sembrarás tu tierra, y recogerás su cosecha; mas el séptimo año la dejarás libre, para que coman los pobres de tu pueblo; y de lo que quedare comerán las bestias del campo; así harás con tu viña y con tu olivar. Seis días trabajarás, y al séptimo día reposarás, para que descansa tu buey y tu asno, y tome refrigerio el hijo de tu sierva, y el extranjero” (Éxodo 23:10-12).

El descanso no sólo es algo biológicamente necesario, sino que fue ordenado por Dios para toda su criatura e incluso su creación (el suelo) ya desde la creación del mundo (Gen 2:3). El día séptimo fue bendecido y santificado por Dios mismo, quien descansó de su obra creadora y contempló el fruto de su amor en todo cuanto había hecho. Todos entendemos que es necesario descansar, aunque a veces “descansar” para algunos signifique trabajar en proyectos personales que no tienen que ver con su trabajo normal. Sea por temor al ocio u otra razón, algunos viven frustrados y abrumados sin cesar, porque no descansan como lo demanda su Creador y su propio cuerpo.

Pero el descanso que Dios quiere que tomemos no es uno que sólo ayuda al cuerpo, sino que quiere que el día de reposo descansemos también en Cristo, nuestro Señor, dejando sobre Él nuestras cargas y preocupaciones. Él mismo nos llama diciendo: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt 11:28-30).* Así que trabaja, pero también descansa y descansa en Cristo Jesús.

Padre, danos descanso en el perdón y paz de Jesús. En su nombre. Amén.

(Ya tengo un firme fundamento - HL #806, estr.9)

Que tu misericordia logre
Que ande confiado, sin temer;
Dame reposo por tu nombre,
Tu compasión yo pueda ver;
Ven a sanar mi corazón,
Piedad concédeme cual don.

14 de abril

Texto: Éxodo 23:14-33

Dios te guarda en el camino

“Yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado” (Éxodo 23:20-21).

¿Qué tan seguido pensamos en los ángeles? Normalmente no solemos pensar en estos servidores de Dios que cumplen su voluntad y ministran a sus criaturas. Algunos piensan en ángeles solamente en Navidad, cuando recuerdan el anuncio del ángel a los pastores y la multitud de ángeles que alababa a Dios cantando. Pero, fuera de eso, no son tenidos en cuenta.

Sin embargo, nuestro Señor y Dios ha querido proteger a su pueblo, ya desde el Antiguo Testamento, con estos seres divinos y poderosos (Sal 103:20), para que nada se interponga entre ellos mientras caminaban hacia la tierra prometida. De la misma manera, y por puro amor y misericordia, sin que lo merezcamos de manera alguna, el Señor envía sus ángeles para protegernos en nuestro peregrinar a la tierra prometida en la eternidad (Sal 34:7). Esta es otra forma en la que Dios nos muestra su amor en Cristo Jesús, ya que sin Él no tendríamos el favor de Dios. El correcto uso del Salmo 91 nos recuerda esta hermosa realidad: “sus ángeles mandará acerca de ti, Que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, Para que tu pie no tropiece en piedra” (Sal 91:11-12). Martín Lutero tenía muy presente esta hermosa realidad divina, por eso en su oración de la mañana nos enseña a orar diciendo: *“Tu santo ángel me acompañe, para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí. Amén”*.

Padre celestial, te damos gracias por la protección que nos brindas en nuestro diario vivir por medio de tus servidores. Permítenos ser conscientes de esta realidad y alegrarnos en ella, por Cristo Jesús, nuestro amoroso Salvador. Amén.

(Contigo has que yo quede - HL #688, estr.3)

Mi débil fe haz fuerte,
Espíritu sin par.
Contigo aun en la muerte
Anhelo yo quedar:
En mi última agonía,
Señor, me alentarás;
Tus ángeles envía:
Condúceme a la paz.

15 de abril

Texto: Éxodo 24:1-18

La sangre del pacto

“Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas” (Éxodo 24:7-8).

El libro del pacto que Moisés leyó era el libro de la ley, de los mandamientos. El pueblo prometió hacer todas las cosas escritas en aquel libro, pero basta con leer un poco el Antiguo Testamento para darse cuenta de que no lo cumplieron. Sólo la sangre del cordero pascual, macho y sin mancha podía expiar por sus pecados contra aquel pacto (Éx 12:5).

Llegada la primera Navidad, nos nació a nosotros el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn 1:29). Sólo Él cumplió toda la Ley, no para anularla, sino porque nosotros no podíamos cumplirla por nuestro pecado (Mt 5:17). Santo y sin pecado, Dios eterno y encarnado, se entrega como sacrificio perfecto y agradable a Dios sobre la cruz del calvario una vez y para siempre (He 10:12-14). Por esta sangre del nuevo pacto, del Nuevo Testamento, tú eres perdonado y no condenado, adoptado y no abandonado, consolado y no maltratado, sanado y no herido, amado y no despreciado. Y esta preciosa sangre es la que el Señor también nos da a beber en el vino de su Santa Cena, junto con su cuerpo en el pan (1 Co 11:23-26). Por esta sangre, tú estás dentro de la gran multitud de los: *“que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (Ap 7:14).*

Padre, gracias por la preciosa sangre de tu divino Cordero Jesús. En su nombre; amén.

(¿Qué es este Pan? - HL #736, estr.2)

¿Qué es esta vid?
Su Sangre dada, ¡oh sí!, por mí:
Copa de amor, trae perdón.
¡El nuevo pacto redentor!
Probad y ved, Jesús es don.

16 de abril

Texto: Éxodo 25:1-22

Dios en medio de nosotros

“Ésta es la ofrenda que tomaréis de ellos: oro, plata, cobre, azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras... piedras de ónice, y piedras de engaste para el efod y para el pectoral. Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (Éxodo 25:3-8).

Todos aquellos elementos caros y preciosos no se debían a una vanidad divina de Dios. Si hay alguien digno de todo honor, gloria, honra y poder es Aquel que creo los cielos y la tierra y todo lo que en ellos hay con el aliento de su boca. Todo aquello reflejaba la grandeza y la majestad de la presencia de Dios en la tienda del Tabernáculo de reunión, que era un santuario móvil.

Hoy sabemos, por boca de nuestro Señor, que *“donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18:20). También sabemos, por lo que le dijo a la mujer Samaritana, que no hay un lugar único para adorarlo: *“créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”* (Jn 4:21, 24). La humildad de un lugar de reunión no nos priva de la presencia de Dios, ya que con Él nos encontramos en una devoción en la mesa de la cocina, debajo de un árbol o en una cama de hospital. A Dios lo encontramos donde Él prometió estar: donde nos reunimos en su nombre para escucharlo y donde partimos el pan y el vino del santo sacramento (1 Co 10:16-17).

Amado Dios, gracias por acercarte a nosotros para perdonar nuestros pecados y darnos con tu Espíritu comunión en Cristo por la fe. En su nombre oramos, amén.

(Oh, Cordero, Templo santo - HL #571, estr.1)

¡Oh, Cordero, Templo Santo!,
Hoy tu iglesia clama a Ti,
Cobijados en tu manto
Nos reuniste hoy aquí,
Por tu Espíritu, Señor,
Nos entregas tu favor,
En Palabra y sacramentos,
Tú, Jesús, nos das sustento.

17 de abril

Texto: Éxodo 31:1-18

Reposo obligatorio

“Así que guardaréis el día de reposo, porque santo es a vosotros; el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella persona será cortada de en medio de su pueblo” (Éxodo 31:14).

Muchas veces vamos corriendo por la vida, con poco tiempo y con muchas cosas por hacer. Descansamos aquí y allá, pero mayormente trabajamos, y a veces bromeamos diciendo: *“voy a descansar cuando llegue al cielo”*. Pero la verdad es que no fuimos creados nunca para parar. Trabajamos para vivir, pero no vivimos para trabajar. Aunque pueda sonar raro, sí existe la adicción al trabajo y, como toda adicción, no es buena. A veces nuestro cuerpo tiene que enfermarse para que le demos un respiro y descansen un tiempo, pero no deberíamos llegar a esa instancia.

Nuestro Padre Creador nos hizo para trabajar (Gn 2:15-16). A pesar de que el trabajo es esfuerzo y sacrificio, no es algo malo ni una consecuencia del pecado. Sí es verdad que el pecado complicó más el trabajar en este mundo (Gn 3:19), pero trabajar es algo para lo que Dios nos creó. Sin embargo, no olvidemos que Aquel que nos hizo también nos ordena reposar, así como Él mismo reposó de su labor creadora. Y hoy quiere que descansen no sólo físicamente, sino también espiritualmente. Él nos re-crea (Sal 51:10) en Cristo con el perdón que su Espíritu nos da por medio del Evangelio predicado y proclamado cada domingo, cada día de reposo. Porque no sólo el trabajo cansa, sino también el lidiar con los pecados ajenos y malas costumbres. Por eso, vayamos a Cristo, que nos dice: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt 11:28).*

Padre, danos descanso en tu santo Hijo. En su nombre. Amén.

(¿Oyes cómo el evangelio? - HL #618, estr.3)

Amparada ya en tu seno,
Puede el alma respirar;
El reposo que prometes
Siempre da segura paz.
¡Oh! ¡Cuán dulce en mis oídos
Fue tu acento celestial:
“¡Ven a Mí, ven; que el descanso
Sólo en Mí podrás hallar!”

18 de abril

Texto: Éxodo 32:1-14

Que Dios se arrepienta

“¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo” (Éxodo 32:11-12).

Dios había sacado de Egipto a su pueblo que servía allí de esclavo. Pero ni bien Moisés se tardó en bajar del monte Sinaí, ellos le dieron la espalda y se hicieron un dios de oro, proclamándolo como su gran libertador. Por esta razón Dios le dice a Moisés que los iba a destruir por sus pecados, pero Moisés intercede con las palabras que leímos al comienzo y le dice a Dios *“Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo”*.

Dios no es un ser humano para ser calmado por un simple mortal, ni tampoco comete errores al punto que se arrepienta de lo hecho. Pero cuando la Biblia dice que así fue, lo hace para que entendamos el sentimiento de frustración o enojo de parte de Dios. Y en esta ocasión, Dios lo hace para expresar ambas cosas y para ver la respuesta de Moisés, porque le dice: *“déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande”* (Ex 32:10). Pero Moisés ruega a Dios por aquellos infieles e infelices, como también rogó Cristo desde la cruz (Lc 23:34) y como ruega el Espíritu Santo por ti y por mí hoy (Ro 8:26). Tú también, ruega por los infieles e infelices por los que Cristo también murió.

Padre celestial, tu amor es incomprendible, pero hermoso a la fe. Gracias por amarme así en tu Hijo Jesucristo. Enséñame a amar de la misma manera; en el nombre de Jesús. Amén.

(Dios nos ama tanto - HL #896)

Dios nos ama tanto,
Te digo que nos ama tanto
Que desde el cielo un Salvador nos envió
Como el sol
A un nuevo día;
Como el sol nuestro Dios,
Un Salvador nos envió,
Dios ciertamente nos amó.

19 de abril

Texto: Éxodo 33:15-35

Dios anda conmigo

“Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?” (Éxodo 33:15-16).

Por eso ya en los primeros siglos de la iglesia, muchos cristianos antes de salir de su casa, hacían la señal de la cruz sobre sí mismos en el nombre de la Santa Trinidad, recordando que fueron adoptados por el Dios trino en las aguas del Bautismo. De esa manera, salían de sus casas recordando que no iban solos. Y descansando en la promesa del Salmo 121, que dice: *“Jehová guardará tu salida y tu entrada Desde ahora y para siempre”* (Sal 121:8).

¿Qué nos garantiza el hecho de que Dios esté o ande con nosotros? ¿Nos libra de enfermedades o desgracias? Muchas veces sí, pero muchas veces Dios permite que suframos por pecados propios o ajenos, o por situaciones que escapan a nuestro control. Él no va con nosotros prometiendo que nada malo nos va a pasar, aunque sí evita que nos pasen muchísimas cosas malas de las que no tenemos ni idea. Él va con nosotros como un Padre va acompañando a sus hijos. Y el hecho de que un padre anda con su hijo demuestra que no hay rencor o enemistad entre ellos, sino amor y protección. En Cristo vemos que Dios no se desentiende de nosotros ni ignora nuestras luchas y debilidades, sino que lo vemos presente, activo, consolando y perdonando, porque es Dios Emanuel, con nosotros, a favor nuestro, junto a nosotros.

Padre, gracias por caminar a nuestro lado en Cristo Jesús. Amén.

(Cristo está conmigo - HL #884, estr.4)

Ya no temo, Señor, los abismos;
Ya no temo, Señor, la inmensidad:
Porque eres, Señor, el camino
Y la vida, y la verdad.

20 de abril

Texto: Éxodo 33:1-23

Cara a cara

“Cuando Moisés entraba en el tabernáculo, la columna de nube descendía y se ponía a la puerta del tabernáculo, y Jehová hablaba con Moisés... Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxodo 33:9-11).

Dios había dejado en claro que nadie podía verlo a Él en su gloria, porque nadie podría verlo y seguir viviendo (Ex 33:20), ya que, para los pecadores, la gloria de Dios es mortal. Sin embargo, se aparece a Moisés de manera tal que Moisés le hablaba como si fuera otro hombre, lo cual también le pasó a Jacob con el Ángel (Gn 32:28) y Abraham con los tres varones (Gn 18:1-3).

Hoy en día Dios ya no nos habla como solía hacerlo en el Antiguo Testamento, sino que, como lo dice Hebreos: *“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; ...siendo el resplandor de su gloria...”* (He 1:1-3). Cristo Jesús es la imagen visible del Dios invisible (Col 1:15). Y Dios quiso revelar su gloria y su misericordiosa voluntad en la persona de su Hijo, por medio de quien llegaremos a ver a Dios cara a cara, sin miedo ni riesgo de muerte. Nos sentaremos con Él a la mesa y comeremos a su lado junto con todos los santos que murieron en la fe. Ya no habrá nada que preguntar, sino sólo Cristo para celebrar. Dios nos sostenga firmes hasta aquel glorioso día. Amén.

Padre, mientras peregrinamos hacia la vida eterna, fija nuestros ojos en Aquel que nos revela tu amor y tu gracia; en Cristo Jesús. Amén.

(Del este y oeste la gran multitud - HL #557, estr.1,3)

1. Del este y oeste, la gran multitud
Asiste a la fiesta de Cristo,
Con Abraham, Isaac y Jacob en la luz
Atiende el llamado provisto.
Ten misericordia, ¡oh, Cristo!

3. Las pruebas sufridas pasado serán,
Igual el dolor, la agonía,
Preguntas y dudas respuesta tendrán,
Al ver la luz del nuevo día.
Ten misericordia, ¡oh, Cristo!

21 de abril

Texto: Éxodo 34:1-27

La tentación a la idolatría

“Guárdate de hacer alianza con los moradores de la tierra donde has de entrar, para que no sean tropezadero en medio de ti. Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y cortaréis sus imágenes de Asera. Porque no te has de inclinar a ningún otro dios, pues Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es” (Éxodo 34:12-14).

El pueblo de Dios debía deshacerse de todos los altares e ídolos que encontrarán en la nueva tierra que iban a heredar. No debían hacer pacto con ninguno de los pueblos que vivían allí para que sus hijos e hijas no se desvíen por las religiones sucias y paganas de ellos. Sin embargo, la historia nos muestra que esto no fue así. Israel cayó en idolatría por causa de estos pueblos. Hoy en día es difícil no estar expuesto a los ídolos, sean ídolos como tal (Buda, Krishna, etc.) o ídolos sutiles (dinero, placeres carnales, reconocimiento, etc.). La tecnología hoy en día es muy útil para muchas cosas, pero también trae sus peligros y tentaciones. Porque mientras existe una sola Verdad, mentiras hay muchas y de todos los tipos y colores.

No podemos evitar que eventualmente nuestros hijos tengan acceso a esto, sí podemos evitar que lo usen de muy jóvenes y, cuando crezcan, podemos advertirles de los peligros y tentaciones idolátricas que enfrentarán. Porque los tiempos han cambiado y también los “*ídolos*”, pero el pecado sigue allí y sólo Dios puede librarnos de caer o restituirnos con su perdón. Roguemos a Dios que nos libre del pecado contra el más importante de todos los mandamientos y nos guarde firmes en medio de este mundo caído, para que sólo Cristo reine en nuestras vidas ahora y en la eternidad. Amén.

Señor, venga a nosotros tu reino, por Cristo Jesús, nuestro Salvador. Amén.

(Diez Mandamientos son la ley - HL #852, estr.2)

“¡Yo sólo soy Señor, tu Dios!
¡No tengas dioses, solo a Mí!
Con todo el corazón y amor,
Confía tú sólo en Mí.”
¡Piedad, Señor!

22 de abril

Texto: Éxodo 34:29 – 35:21

Un velo resplandeciente

“Y al mirar los hijos de Israel el rostro de Moisés, veían que la piel de su rostro era resplandeciente; y volvía Moisés a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar con Dios” (Éxodo 34:35).

Cuando Moisés consultó con Dios, sucedieron dos cosas muy interesantes. Primero, no pudo ocultar con quién consultó. Su rostro resplandecía por haber estado en la presencia de Dios. Segundo, tuvo que ocultar su rostro resplandeciente por el bien del pueblo. Como cristianos, no solemos pensar en ocultar nuestra conexión con Dios por el bien de los demás.

El mundo está tan oscurecido por el pecado y la ignorancia acerca de Dios que nos hemos vuelto expertos en ocultarnos. Algunos nos enorgullecemos de llevar un pequeño emblema que nos identifique como cristianos o de decir ocasionalmente: *“Dios te bendiga”*, pero esos gestos apenas sorprenden al mundo. A menudo olvidamos que no podemos brillar en un mundo oscurecido por nosotros mismos. Hoy, necesitamos que la luz de Cristo brille no solo en nuestras vidas, sino en nosotros y a través de nosotros. Cristo es nuestra luz y nosotros somos el velo que Dios usa para interactuar con un mundo quebrantado. Gracias a Dios que aún hoy recibimos su luz y que Él decidió usarnos sin que lo supiéramos.

Gracias, Señor, por bendecirnos con la luz de tu Hijo y por usarnos para compartir Su luz. En el nombre de Jesús. Amén.

(Pon tus ojos en Cristo ¡Oh, alma cansada y turbada! – HL #885, estr.3)

Jamás faltará su promesa,
Él dijo: “Contigo estoy”,
Al mundo perdido ve pronto
Y anuncia la salvación hoy.
Pon tus ojos en Cristo,
Tan lleno de gracia y amor,
Y lo terrenal sin valor será
A la luz del glorioso Señor

23 de abril

Texto: Éxodo 38:21 – 39:8

Un lugar de hermosas riquezas

“Todo el oro empleado en la obra, en toda la obra del santuario, el cual fue oro de la ofrenda, fue veintinueve talentos y setecientos treinta siclos, según el siclo del santuario” (Éxodo 38:24).

El diseño de Dios para una morada en la tierra incluía oro, lino fino, metales preciosos, pieles de animales, madera fina y el trabajo de muchas manos dotadas. Dios comunicó a Moisés su deseo del tabernáculo y seleccionó a hombres dotados para crear y completar el plan en la tierra.

El tabernáculo es un reflejo, un pequeño destello de lo que Dios ha planeado en el cielo. Nuestros templos aquí en la tierra también deberían dar una idea de los preciosos tesoros que nos aguardan en el cielo. A menudo permitimos que nuestros templos terrenales (la iglesia) se desmoronen. A veces no cuidamos ni invertimos en nuestros templos de la misma manera que Dios mandó a los hijos de Israel. Lo que es aún más triste es cuando no reconocemos el tesoro máspreciado que encontramos en el santuario dado por Dios: la presencia misma de Cristo a través de la Palabra y el Sacramento del altar. Damos gracias a Dios porque este don tanpreciado no depende de que adornemos el templo y nos esforcemos por reflejar su valor en nuestra inversión personal en el templo de Dios.

Señor, gracias por proveer lugares donde prometes morar. Ayúdanos a reflejar tu belleza en los lugares con los que nos bendices. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, Cordero, Templo Santo! - HL #571, estr.1)

¡Oh, Cordero, Templo Santo!,
Hoy tu iglesia clama a Ti,
Cobijados en tu manto
Nos reuniste hoy aquí,
Por tu Espíritu, Señor,
Nos entregas tu favor,
En Palabra y sacramentos,
Tú, Jesús, nos das sustento.

24 de abril

Texto: Éxodo 39:32 – 40:16

La consagración de un sacerdote

“Después harás que se acerquen sus hijos, y les vestirás las túnicas; y los ungirás, como ungiste a su padre, y serán mis sacerdotes, y su unción les servirá por sacerdocio perpetuo, por sus generaciones” (Éxodo 40:14-15).

La práctica de consagrar a un sacerdote en el Antiguo Testamento era un proceso completo. Existían numerosas reglas y leyes de purificación para uno mismo, para el tabernáculo y para los sacrificios. La responsabilidad era exigente y requería de tiempo completo. Consagrarse a Dios en este rol era una ordenación sagrada por nacimiento en la tribu de Leví.

A lo largo del Antiguo Testamento, podemos ver cuántos sacerdotes no cumplieron a la perfección las responsabilidades que se les habían confiado. El sacerdote debía ser quien rogaría y expiaría los pecados del pueblo mediante el rito del sacrificio. ¿Qué esperanza tiene un pueblo de Dios si los hombres designados por Dios son incapaces de hacer lo que Dios dispuso perfectamente? El plan nunca fue tener hombres perfectos en puestos de autoridad. El plan fue enviar a un Hombre santo y perfecto a morir en una posición de sumisión para reconciliarnos con Dios. Los hombres al servicio de Dios son un don y una bendición, pero el Hombre que Dios nos dio para que miremos antes que todo es Jesucristo, perfecto Hombre, Sacerdote y Cordero pascual.

Señor, te damos gracias y te alabamos por quienes has consagrado a tu servicio. Bendícelos y fortalécelos para que cumplan tu voluntad y enséñanos a perdonar cuando fallan. En el nombre de Jesús. Amén.

(A la obra santa del ministerio - HL #1033, estr.2)

Úngelos, Padre, desde los cielos;
De ciencia y gracia sean colmados;
Con su Palabra, virtud y ejemplo,
Honren por siempre nombre santo.

25 de abril

Texto: Éxodo 40:17-38

La gloria del Señor

“Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba” (Éxodo 40:34-35).

La presencia de Dios era visible para los hijos de Israel. Hoy también tenemos señales visuales de su presencia. Los elementos de los sacramentos que Dios nos dio: el pan, el vino y el agua son anclas visuales para los peregrinos de la fe.

La presencia de Dios para nosotros hoy se asemeja mucho a la de los hijos de Israel cuando moramos en la Palabra viva y palpitante de Dios. Podemos ver a Dios guiándonos a través de las aguas del Santo Bautismo, tal como guio a los hijos de Israel en tierra firme al cruzar el Mar Rojo. Nos nutre con su Santa Cena, tal como alimentó a los hijos de Israel en el desierto. A veces miramos a las nubes pidiendo a Dios que envíe una señal cuando ya la ha enviado. A menudo olvidamos, al igual que los hijos de Israel, las múltiples y diversas maneras en que Dios nos protege, nos escuda y nos provee, y dónde promete estar presente: en la iglesia. Por eso, mirando la cruz del Cristo crucificado, recordemos dónde fue que Dios rebeló su gloria, porque no hay muestra más clara de la voluntad y el amor de Dios sino en su Hijo crucificado por nosotros.

Gracias, Señor, por darnos tu presencia y recordarnos a diario dónde podemos encontrarte cuando te necesitamos. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios de gracia, Dios de gloria - HL #955, estr.1)

Dios de gracia, Dios de gloria, Danos presto
Tu poder; A tu amada iglesia adorna
Con un nuevo florecer. Danos luz y
valentía En la hora del deber,
En la hora del deber.

26 de abril

Texto: Levítico 8:1-13, 30-36

Vestidos para impresionar

“Después Moisés hizo acercarse los hijos de Aarón, y les vistió las túnicas, les ciñó con cintos, y les ajustó las tiaras, como Jehová lo había mandado a Moisés” (Levítico 8:13).

Dios vistió a sus siervos, sus sacerdotes, con vestiduras sacerdotales para recordarles quiénes eran al servirle a Él y al pueblo de Israel. Nuestra vestimenta a veces nos distingue y puede recordarnos quiénes somos. Puede hacernos sentir importantes, atados a un trabajo o a la escuela si es un uniforme, y puede hacernos sentir incómodos si esta sucia.

Dios conoce la importancia de la vestimenta, por eso nos viste con su Hijo. A través del Bautismo recibimos una vestidura blanca para recordarnos que hemos sido lavados en la sangre del cordero y purificados. Nuestras vestiduras terrenales pueden recordarnos quiénes somos en relación con el mundo, pero estar revestidos de Cristo es la vestimenta que más necesitamos y la que nos define de parte de Dios y delante de toda la Creación.

Señor, te damos gracias porque en tu desnudez en la cruz nos conseguiste una vestidura eterna para que nos la pusiéramos. Gracias por revestirnos de tu justicia para que podamos estar ante el trono de Dios. En tu nombre oramos, Amén.

(Cúbreme agua bautismal - HL #786, estr.5)

Cúbreme agua bautismal;
Cristo me libra de mi mal.
Por Él mi Padre me abrazó,
Canto su gracia; El me amó.

27 de abril

Texto: Levítico 9:1-24

Ataque a los sentidos

“Entonces se acercó Aarón al altar y degolló el becerro de la expiación que era por él. Y los hijos de Aarón le trajeron la sangre; y él mojó su dedo en la sangre, y puso de ella sobre los cuernos del altar, y derramó el resto de la sangre al pie del altar” (Levítico 9:8-9).

El sistema de sacrificios del Antiguo Testamento era una tarea caótica. Implicaba cortar y descuartizar animales grandes, drenar, rociar y esparcir sangre, y quemar carne. Si bien el proceso estaba organizado, las imágenes, sonidos y olores resultarían muy ofensivos, y con razón.

Si bien no observamos el sistema de sacrificios hoy, conviene contemplar su naturaleza agresiva, pues fue el mismo que se llevó a cabo en la cruz del calvario para darnos la salvación. El precio pagado en la cruz de Cristo fue costoso, y al contemplar la maravillosa cruz, recordamos la naturaleza de ese precio. Nuestros sentidos se ofenden ante el olor a sangre y sudor. Se nos llenan los ojos de lágrimas al ver a un hombre inocente ocupar nuestro lugar en una ejecución pública. El sistema de sacrificios nos recuerda que el pecado, incluso el oculto, se vuelve caótico al afrontar el precio de la eliminación. Gracias a Dios, que pagó el precio por nosotros en Cristo Jesús.

Gracias, Señor, por enviar a tu Hijo en nuestro nombre para ser el Cordero que quita el pecado del mundo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Al Contemplar la excelsa cruz - HL #457, estr.3)

De su cabeza, manos, pies,
Preciosa sangre allí corrió,
Corona vil de espinas fue
La que Jesús por mí llevó.

28 de abril

Texto: Levítico 10:1-20

Dios santo

“Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová. Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló” (Levítico 10:2-3).

A veces tomamos a la ligera las enseñanzas de Dios, su Palabra y los dones que nos da del altar. Los tratamos como cosas cotidianas. Tomamos su nombre en vano y quebrantamos los mandamientos que nos dio para nuestra propia protección. Dios dice en su palabra que será santificado entre su pueblo y glorificado por todos.

Puede que no siempre sepamos cuál es la mejor manera de adorar al Señor en toda su santidad, pero, aun así, el Señor promete que se hará. Así como oramos en el Padrenuestro: *“Venga tu reino”*, recordamos que su reino viene sin nuestras oraciones. Dios, en su naturaleza, es santo por sí mismo, pero le rogamos con esta petición que su nombre sea santo entre nosotros, para que con temor y reverencia, pero también con confianza, le pidamos todo lo necesario para la vida, y le agradezcamos por todo también.

Te alabamos, Señor, por permitirnos estar cerca de ti en toda tu santidad y por darte a conocer en tu Palabra. En el nombre de Jesús. Amén.

(Santo, santo, santo – HL #705)

Santo, Santo, Santo, Señor
Dios del universo
El cielo y la tierra proclaman tu gloria.
Hosanna, hosanna en las alturas.
Bendito el que viene en nombre del Señor.
Hosanna, hosanna en las alturas.

29 de abril

Texto: Levítico 16:1-24

Chivo expiatorio

“Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir al macho cabrío por el desierto” (Levítico 16:22).

La práctica del chivo expiatorio debió parecer muy extraña para los israelitas dada la brutalidad del sistema sacrificial. Confesaban sus pecados sobre el animal y aquel padecía por todos, cargando con la culpa y caminando hacia su muerte en medio del desierto.

Para nosotros hoy, el chivo expiatorio se refleja en la confesión y absolución colectiva. Confesamos colectivamente nuestros pecados y el pastor proclama el perdón de Cristo sobre ellos, tal como el sacerdote impondría sus manos sobre el chivo y confesaría los pecados del pueblo, para que el pueblo tenga perdón. Como comunidad de creyentes, necesitamos una confesión y un perdón comunitarios. Dios nos da la confesión y la absolución colectivas como medio para sostener y nutrir a un cuerpo de creyentes, para que podamos continuar en un buen y fiel camino de servicio hacia Él, libres de cargas y culpas que nos aquejan.

Señor, te damos gracias por el cuerpo de creyentes en el que nos has puesto. Te pedimos que nos enseñes a arrepentirnos colectivamente y a pedir perdón para que podamos ser un cuerpo sano contigo como cabeza. En el nombre Jesús. Amén.

(Con ansia clamo, ¡oh santo Dios! - HL #628, estr.4)

No desesperes de tu Dios,
¡Oh, iglesia redimida!
Andando de su paso en pos,
Verás al fin la vida.
En abundante redención
Demuestra Dios su compasión,
Fidelidad y gracia. Amén.

30 de abril

Texto: Levítico 17:1-16

Tipo de sangre

“Porque la vida de toda carne es su sangre; por tanto, he dicho a los hijos de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre; cualquiera que la comiere será cortado” (Levítico 17:14).

A los hijos de Israel se les ordenó no comer ni beber sangre de animales. Era una forma de reverenciar la vida y el sacrificio. La sangre se usó como señal sobre los dinteles de las puertas, durante el escape de Egipto, también se usó para la consagración en el tabernáculo y también servía como símbolo de la vida.

En la era de la medicina moderna, sabemos muchas cosas maravillosas sobre la sangre. Dios la creó como una fuente extraordinaria de vida y un medio de salud y bienestar. Además, la sangre puede usarse para salvar vidas mediante transfusiones. Recibimos la mayor transfusión de sangre cuando recibimos la sangre de Cristo para beber. Su sangre vital se convierte en nuestra nueva vida y, aunque estamos enfermos de pecado, recibimos salud por medio de Él. Contemplamos la sangre de Cristo en el Pan y el Vino del Sacramento, y agradecemos a Dios por este don divino que viene de lo alto. Alabado sea Dios por la vida que Él da, que no tiene fin.

Padre celestial, te alabamos por la vida eterna que nos diste a través de tu Hijo. Esperamos ansiosamente el día en que, por la sangre de tu Hijo derramada en la cruz, podamos gozar del gozo sin fin de la vida eterna en tu presencia. En el nombre de Jesús. Amén.

(Comprado con sangre por Cristo – HL #889, estr.1)

Comprado con sangre por Cristo,
Con gozo al cielo yo voy;
Librado por gracia infinita,
Ya sé que su hijo yo soy.
Lo sé, lo sé, comprado con sangre yo soy;
Lo sé, lo sé, con Cristo al cielo yo voy.

MAYO

El texto bíblico y la meditación

1 de mayo

Texto: Levítico 18:1-7, 20 – 19:8

Nada nuevo bajo el sol

“Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Levítico 19:2).

Ya lo decía el libro de Eclesiastés: *“nada hay nuevo debajo del sol”*. La vida entre los egipcios y los cananeos no era muy diferente a la vida en cualquiera de nuestras ciudades. El libertinaje y la perversión no tenían límites en aquella época, como tampoco lo tienen ahora. Los israelitas se sintieron tentados a vivir como sus vecinos, aunque el Señor les advierte en reiteradas ocasiones que no sigan el mismo camino. Sin embargo, la tentación no era solo fruto de lo que veían en ellos, porque el mismo Jesús nos dice: *“del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mt 15:19).*

Así también pasa con nosotros, somos atraídos por un mundo que busca el placer y el éxito fuera de la enseñanza divina, *“donde a lo malo dicen bueno y a lo bueno malo”*. Al mirarnos al espejo, la santidad que el texto demanda parece estar muy lejos de nuestra vida. Sin embargo, junto al mandato, resuena fuerte la afirmación que leeremos muchas veces en Levítico: *“soy yo Jehová vuestro Dios”*. Este recordatorio de la obra de Dios por ellos y cómo los había escogido para ser un pueblo especial, es el mismo que hoy nos sostiene. La santidad demandada ha sido cumplida por Jesús en su vida, obra y entrega total por ti en la cruz. Cristo se une a nosotros en las aguas del Bautismo donde nos reclama como suyos, viene a través del Evangelio, que, junto a su mesa, fortalece nuestra débil fe. Él es la fuente de nuestra santidad, es quien nos da perdón, vida y salvación. El Espíritu Santo trae a Cristo a nuestras vidas, para que su santidad hoy sea tuya.

Amado Señor, haznos vivir en tu santidad, de acuerdo con Tu santa Palabra. En nombre de Jesús. Amén.

(Yo quiero ser cual mi Jesús – HL #692, estr.3)

En todo quiero yo seguir
Las huellas de mi Señor,
Y por doquier hacer sentir
La magnitud de su amor.

2 de mayo

Texto: Levítico 19:9-18, 26-37

Primero yo

“Cuando siegues la mies de tu tierra, no segarás hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu tierra segada. Y no rebuscarás tu viña, ni recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás. Yo Jehová vuestro Dios” (Levítico 19:9-10).

Según la psicología del desarrollo, existe una etapa llamada *“egocentrismo infantil”*, caracterizada por la incapacidad de ver las cosas desde la perspectiva de otra persona, en la cual el niño no comprende la mirada ajena y predomina el lenguaje egocéntrico y la dificultad para compartir. Si bien es una etapa normal que va hasta los 7 u 8 años, es una realidad que nos acompaña por mucho tiempo más. Nuestra naturaleza nos impulsa a velar por nuestros intereses y necesidades, luchar por nuestros sueños, siendo indiferentes a las necesidades de quienes nos rodean e incluso pasando por encima de los demás si es necesario. Las viudas, los huérfanos y los extranjeros que vivían entre los israelitas eran personas que raramente tenían tierra propia y, por lo tanto, tenían que ganarse el pan de cada día trabajando con sus manos por un salario que a duras penas les brindaba lo suficiente para vivir. Es por esta razón que se establecieron leyes para ayudarles. No se recogían las cosechas de los extremos de los campos, ni tampoco las espigas que habían quedado atrás.

Como cristianos actuamos bondadosamente, movidos por la misericordia divina. Es Dios, quien, viendo nuestra miseria, actuó en favor del mundo y lo nuestro, no porque lo mereciéramos, sino únicamente por su gracia y amor infinitos, enviando a su Hijo Jesucristo a morir en la cruz y brindarnos el perdón, vida y salvación que necesitamos. En esa misma misericordia divina y paternal cuida de todas las necesidades de nuestro cuerpo, dándonos salud, trabajo, hogar, familia, amigos y todo lo necesario para una vida digna, de nuevo: sin que lo merezcamos. Esta acción divina es la que nos motiva a mirar y actuar con el mismo amor hacia quienes nos rodean.

Misericordioso Señor, gracias por todos tus dones. Ayúdanos a compartirlos con quienes pones en nuestro camino. En nombre de Jesús. Amén.

(Vivamos para compartir- HL #1014, estr.3)

De muerte a vida Él trasladó
a quienes con amor cargó.
Vivamos para compartir
tal como Él se entregó al morir

3 de mayo

Texto: Levítico 20:1-16, 22-27

Desde debajo de las piedras

“Dirás asimismo a los hijos de Israel: Cualquier varón de los hijos de Israel, o de los extranjeros que moran en Israel, que ofreciere alguno de sus hijos a Moloc, de seguro morirá; el pueblo de la tierra lo apedreará” (Levítico 20:2).

San Pablo nos dice claramente que *“la paga del pecado es la muerte”* (Ro 6:23a). En el Antiguo Testamento, vemos cómo la muerte física fue la condena exigida para todos los que quebrantaban la sana relación con Dios o con su prójimo. Se describe la lapidación como una forma de *“quitar el mal”* de en medio del pueblo y mostrar la gravedad del pecado: *“para que todo Israel oiga, y tema, y no vuelva a hacer en medio de ti cosa semejante a esta”* (Dt 13:11). En respuesta a todo lo que Él ha hecho, Dios exige la lealtad de su pueblo. Los pecados que abundan en el mundo incrédulo no deberían ser parte de quienes Dios ha llamado a ser santos.

Hoy tendría que estar escribiendo desde debajo de las piedras, ya que muchas veces y de muchas maneras he quebrantado la sana relación con Dios y mi prójimo. Sin embargo, esto no es así y no es porque Dios no mire con seriedad mi pecado o el tuyo, sino porque hubo uno que ocupó voluntariamente nuestro lugar en la muerte, para que recibiésemos el regalo de la vida. La segunda parte del versículo de Romanos dice: *“mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”*. Jesús nos dice: *“El que oye mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”*. Ese es tu regalo y puedes con alegría disfrutar cada momento que Él te da, con la seguridad de que su perdón te fortalece para vivir gozosamente en amor a Dios y a tu prójimo.

Padre celestial, haz que atesoremos el regalo de vida eterna que disfrutamos desde el día que nos llamaste a ser tus hijos. En nombre de Jesús. Amén.

(Cristo, vida del viviente - HL #458, estr.1)

Cristo, vida del viviente,
Cristo, nuestro Salvador,
Entregado por nosotros
A la pena y el dolor;
Tú salvaste del pecado
Al mortal ya condenado:
Gracias mil ofrezco a Ti,
Pues moriste Tú por mi.

4 de mayo

Texto: Levítico 21:1-24

Un oficio digno

“Santos serán a su Dios, y no profanarán el nombre de su Dios, porque las ofrendas encendidas para Jehová y el pan de su Dios ofrecen; por tanto, serán santos” (Levítico 21:6).

De la tribu de Leví, la familia de Aarón fue apartada para oficiar como sacerdotes del pueblo. Ellos eran intermediarios entre Dios e Israel; por lo tanto, necesitaban ser consagrados a Dios con requisitos personales especiales. No debían permitir que nada de su entorno los contaminara: ni por estar cerca de un muerto, o unirse a una mujer que no tuviese una buena reputación; no debían seguir las prácticas rituales de otros pueblos idólatras, tenían que cuidar su presentación personal, e incluso sus familias debían ser ejemplo frente al pueblo; de lo contrario, profanarían el nombre de su Dios.

Podríamos decir mucho acerca de esto; por ejemplo, podemos mencionar que nuestra vida cristiana como real sacerdocio no santifica el nombre de Dios, por lo que, cada vez que oramos el Padrenuestro y decimos *“santificado sea tu nombre”*, lo que pedimos es que la Palabra de Dios sea enseñada *“con toda claridad y pureza, y nosotros, como hijos de Dios, vivamos conforme a ella de una manera santa”* (Catecismo Menor). Por otro lado, es importante pensar en la dignidad del oficio pastoral. Los pastores están llamados a ser ejemplos de una vida santa. No solamente porque los miembros de la iglesia lo esperan, sino porque Dios lo dice así. En su oficio actúan en lugar y por mandato de Jesucristo. El Espíritu Santo es quien los santifica, gracias a la obra del único que vivió en verdadera santidad, Jesús. La dignidad de su oficio invita a todos los miembros de la iglesia a respetarlos, servirlos, obedecerlos y amarlos, para que puedan realizar su servicio con alegría, predicar a Jesús para el perdón de pecados y administrar los Sacramentos con fidelidad.

¡Oh!, Buen Pastor, concede a tu iglesia pastores que actúen con fidelidad. Por Jesús oramos. Amén.

(A la obra santa del ministerio - HL #1033, estr.1)

A la obra santa del ministerio
Entren gozosos, Dios soberano,
Los que Tú llamas a tu servicio,
A ser pastores de tu rebaño.

5 de mayo

Texto: Levítico 23:1-22

Es tiempo de descansar

“Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es de Jehová en dondequiera que habitéis” (Levítico 23:3).

Guardar el sábado significaba principalmente lo que la palabra hebrea significa, es decir, descanso. Esto rompía con la rutina diaria del trabajo. Era un tiempo para el descanso físico y para recordar la manera misericordiosa en que Dios les había dado a los israelitas descanso de la esclavitud en Egipto y de todos sus enemigos. Un tiempo para enseñarles sobre el reposo espiritual y eterno que les daría el Mesías. Sin embargo, ya en los tiempos de Jesús los fariseos, a través de todas sus reglas, habían transformado este día en un yugo sobre el cuello de las personas, una carga difícil de sobrellevar.

¡Qué fácil es para el hombre distorsionar todo! Transformar los dones de Dios en un peso sobre sus hombros. Todas las festividades y días de reposo prefiguran a Cristo, en quien encontramos el verdadero descanso. El mismo Jesús dice en el evangelio de Mateo: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt 11:28-29).* El domingo no es la contraparte cristiana del sábado, sino que la iglesia escogió ese día principalmente para celebrar la resurrección de Cristo. Es allí donde el Espíritu Santo nos da el verdadero descanso, al traer a nuestros corazones los regalos divinos ganados por Jesús en la cruz, a través de su Palabra, del Bautismo y la mesa del Señor. Es allí donde nuestras almas cargadas, cansadas y lastimadas encontrarán verdadera paz. El Servicio Divino no es una carga, es el lugar donde Cristo me cuida y alimenta, es allí donde quiero estar.

Dios bondadoso, da a nuestros cuerpos y almas el descanso necesario, para que disfrutemos de verdadera paz. Por Jesús oramos. Amén.

(Tu Palabra, ¡oh, Padre Santo! - HL #842, estr.3)

Tu Palabra es clara fuente
De aguas vivas de salud,
En las que halla el indigente,
Para todo mal, virtud.
Es el pan para el hambriento,
Al perdido ofrece hogar.
El cansado cobra aliento
En sus páginas sin par.

6 de mayo

Texto: Levítico 23:23-40

Somos reconciliados

“A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación; tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová” (Levítico 23:27).

El día de la expiación era la segunda gran fiesta del séptimo mes en el pueblo de Israel. Un día donde el sumo sacerdote, por medio de sacrificios rituales, intercedía por los pecados cometidos durante todo el año anterior, limpiando de sus pecados al santuario, al tabernáculo de reunión, al altar, a los sacerdotes, y a toda la congregación. Es decir, a través de la ofrenda sacrificial que era entregada, donde la sangre era el principal agente de expiación, reconciliaba al pueblo con Dios. Ese día el pueblo debía ayunar desde la mañana hasta el anochecer.

La expiación habla de reparar, reconciliar. Lo que el pecado ha hecho es justamente romper la relación perfecta que Dios tenía con el hombre en su creación. Con su muerte en la cruz Cristo expió nuestros pecados reconciliándonos con el Padre, es decir, Él en nuestro lugar cumplió con la justicia de Dios que nosotros no podemos alcanzar con nuestros sacrificios. El autor del libro a los hebreos nos afirma que, si bien los sacrificios de animales purificaban la carne, *“¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”* (He 9:14) Por tanto, el Espíritu Santo, a través de la ley de Dios, obra el verdadero arrepentimiento, para que, con sincera humildad, lleguemos ante el Padre confiando en que nos perdona por la obra de Cristo. Confía y vive en su perdón.

Bondadoso Dios, haz que nuestras conciencias atribuladas por el pecado puedan encontrar consuelo en el perdón que nos ofreces. En nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, buen Jesús! - HL #727, estr.2)

Señor pequé: mil veces te he ofendido,
Infel te fui, confieso mi maldad,
Contrito ya, misericordia pido;
Eres mi Dios, imploro tu piedad;
Eres mi Dios, imploro tu piedad.

7 de mayo

Texto: Levítico 24:1-23

Que la luz no se apague

“Manda a los hijos de Israel que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas machacadas, para hacer arder las lámparas continuamente” (Levítico 24:2).

El tabernáculo era un lugar oscuro, lo cual hacía necesaria la luz de las lámparas. Éstas tenían así una función práctica y otra simbólica: al dar luz al santuario, el candelero prefiguraba a Cristo. Era tarea del sumo sacerdote y otros miembros del sacerdocio mantener y llenar las lámparas con aceite. Su arder continuo nos recuerda el llamado que tenía el pueblo de Israel a ser santo. Sin embargo, como hemos visto a lo largo de las últimas devociones, esta santidad no nos es propia. Jesús dice: *“Yo soy la luz del mundo”*. La vida sin Cristo es una vida totalmente a oscuras, donde reina el temor, la inseguridad; es vivir en completo desamparo, sin ninguna luz de esperanza, donde reina el odio, la violencia, el engaño, la maldad.

En el Bautismo, el Sol de Justicia nos perdonó gratuitamente. Es desde ese instante que te ha hecho su hijo y te llama a vivir en su luz. Allí Cristo cambió totalmente tu vida y, por tanto, tu destino eterno, cambiando las tinieblas de condenación por la luz gloriosa de su presencia por toda la eternidad. Esta no es una luz que debemos esconder. Así, como cristianos, somos llamados a que, en medio del mundo en tinieblas, nuestra luz siempre resplandezca. A ser portadores, con palabras y acciones, de la luz del Evangelio, que brilló en nuestros corazones y dio un nuevo sentido a nuestro ser. Nuestras palabras y obras hacia nuestro prójimo buscan que la luz del Evangelio también los alcance. Como la luna refleja al sol, nuestra vida refleja a Jesús y su Espíritu hace que nuestras lámparas ardan constantemente.

Amado Señor, sea tu Palabra la luz que con mis labios y vida pueda compartir. En nombre de Jesús. Amén.

(En nuestra oscuridad - HL #777)

En nuestra oscuridad,
enciende la llama de tu amor,
Señor, de tu amor, Señor.

En nuestra oscuridad,
enciende la llama de tu amor,
Señor, de tu amor, Señor.

En nuestra oscuridad.

8 de mayo

Texto: Levítico 26:1-20

En busca de una respuesta

“yo daré vuestra lluvia en su tiempo, y la tierra rendirá sus productos, y el árbol del campo dará su fruto”
(Levítico 26:4).

En medio de las necesidades, al enfrentar una crisis familiar o cuando una enfermedad nos aqueja, no siempre actuamos correctamente. En busca de una respuesta, recurrimos a diferentes prácticas, muchas de las cuales van en contra de la enseñanza de Dios. Ídolos, imágenes, piedras sagradas, entre otras cosas, eran parte de las varias formas de idolatría que tentaban al pueblo de Israel. El pasado en Egipto, la influencia cananea y sobre todo su propia naturaleza humana que buscaba la satisfacción de sus necesidades de manera inmediata, los hacía depositar su fe en falsas deidades. Así también sucede con nosotros: buscamos respuestas lejos de la verdad, ya sea en la santería, milagrosos, adivinos, falsos predicadores y tantos otros que solo mienten diciendo lo que nuestros oídos quieren oír, abusando de nuestra desesperación.

Frente a esto, Dios los invita a poner la mirada en el lugar correcto: al guardar el sábado, su adoración se centraba en Dios y la promesa de salvación. El plan de Dios sigue siendo el mismo, mantener en el centro su Palabra. *“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”* (Mt 6:33). Es necesario que su Palabra abunde en nuestros corazones; ella nos muestra a Cristo, lo que Él hizo, hace y hará por nosotros. Nos muestra al Padre que provee para todas nuestras necesidades de cuerpo y alma, *“el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”* (Ro 8:32) Centrados en Cristo y su Palabra, confiamos en que Dios dará la lluvia en su tiempo y la tierra rendirá sus frutos.

*Padre bondadoso, en medio de nuestros afanes ayúdanos a descansar en tu promesa. Por Cristo oramos.
Amén.*

(Buscad primero - HL #610, estr.1)

Buscad primero el reino de Dios,
Y su perfecta justicia;
Pedid, pedid y se os dará,
Aleluya, Aleluya.

9 de mayo

Texto: Levítico 26:21-33, 39-44

Cumpliendo el Pacto

“Entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré, y haré memoria de la tierra” (Levítico 26:42).

No necesitas buscar más allá de las espinas en tu jardín, tan solo con mirar el sudor de tu frente, los dolores del parto, los malestares en tus huesos, verás pruebas de que Dios no es indiferente al pecado. Enfermedad, muerte, dolor, sufrimiento, desesperación, depresión, todos son signos de muerte del pecado que infecta a toda la humanidad. Las señales están por todas partes, pero no todos entienden lo mismo. Algunos reconocen correctamente el llamado amoroso de Dios a volverse y aferrarse a Él, incluso cuando todo el infierno se desata. Otros, sin embargo, se niegan a ver. Ven problemas que piensan que pueden solucionar. Y, sin embargo, solo sigue empeorando. Guerras, hambre, pestilencia, son consecuencias del pecado. El pueblo de Israel sufrió cada una de ellas, viendo sus ciudades completamente destruidas, teniendo que vivir en el exilio bajo el cautiverio de diversas naciones en más de una ocasión.

Sin embargo, Dios no quiere que el pecador muera, sino que se arrepienta de sus malos caminos y viva. Al cumplirse el tiempo de la venida de Jesús, Zacarías profetizó que Dios mostró su misericordia a nuestros padres, y se acordó de su santo pacto. El pecado de Israel no anula la promesa de Dios de enviar al Salvador, que nos libraría de nuestros verdaderos enemigos, a saber, el pecado, la muerte y el diablo. Es Jesús quien, con su muerte y resurrección, es el mediador de un nuevo pacto. En Él, Dios nos trae su vida y la paz que sobrepasa todo entendimiento. En medio del caos que el pecado produce, su perdón echa fuera el temor, las dudas y la desesperación, llenando nuestras vidas de su amor constante.

Gracias Padre, porque nada nos separa de tu amor que es en Cristo Jesús. En su nombre oramos. Amén.

(Dios nos ama tanto - HL #896)

Dios nos ama tanto,
Te digo que nos ama tanto
Que desde el cielo un Salvador nos envió
Como el sol A un nuevo día;
Como el sol nuestro Dios,
Un Salvador nos envió,
Dios ciertamente nos amó.

10 de mayo

Texto: Números 3:1-16, 39-48

Cada uno en su lugar

“Haz que se acerque la tribu de Leví, y hazla estar delante del sacerdote Aarón, para que le sirvan”
(Números 3:6).

Los hijos de Aarón fueron apartados para servir en el sumo sacerdocio. Ellos y sus descendientes serían los responsables de los sacrificios en el tabernáculo y posteriormente en el templo. Por otro lado, Dios llamó a los levitas para servir al Señor, sirviendo humildemente a los sacerdotes. Su vocación era diferente, ellos debían preparar y cuidar del santuario y las cosas preciosas que en él había, asistiendo al sacerdote para que se llevaran adelante las actividades del santuario. La tarea levítica era tan importante a los ojos del Señor, que no permitía substitutos para ellos y se castigaría con la muerte a quien realizara actos impropios en el lugar de reunión.

Del mismo modo, Dios hoy sigue llamándonos y apartándonos para su servicio. En el Bautismo, Dios entrega dones y habilidades a su Iglesia para que cada uno pueda cumplir su misión desde su vocación. San Pablo enseña: *“Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno de ustedes es un miembro con una función particular”* (1 Co 12:27). Dios sigue llamando pastores para que prediquen públicamente el perdón de los pecados logrado por Jesús, y administren el Bautismo y la Santa Cena. Es la oración constante de la Iglesia que Dios envíe obreros a su mies para llevar adelante fielmente esta tarea; mas no solo ellos son necesarios, sino que cada cristiano está llamado desde su vocación, desde el lugar donde Dios le ha llamado a servir, ya sea en la iglesia, su familia o sociedad, respaldando el Ministerio de la Palabra con los dones y habilidades que el Espíritu Santo le ha dado. Sea el Señor quien guíe y sustente nuestro servicio.

Ayúdanos, Señor a servirte con alegría y ser fieles en la vocación que nos has dado. En nombre de Jesús. Amén.

(Mensajero de la Paz - HL #1035, estr.1)

El Señor eligió a sus discípulos,
Los envió de dos en dos.
Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.

11 de mayo

Texto: Números 8:5-26

Sustitutos

“Y cuando hayas acercado a los levitas delante de Jehová, pondrán los hijos de Israel sus manos sobre los levitas” (Números 8:10).

Los levitas eran los descendientes de Leví, el tercer hijo de Jacob. De entre todas las tribus, ellos fueron separados para el servicio del Señor. Ejercían su ministerio entre los veinticinco y los cincuenta años. En su consagración, los pecados del pueblo eran simbólicamente puestos sobre ellos; se convertían así en una ofrenda que, en lugar de ser quemada en el fuego, se movía de un lado a otro delante del Señor y se presentaba para ser usada en su servicio. Sustituían al pueblo. Cargados con su propio pecado y con el pecado del pueblo, los levitas no podrían llevar adelante su vocación divina de servir a los sacerdotes. Era necesario que los pecados fueran finalmente traspasados a los animales sacrificiales, que sustituían a los levitas, y así podrían ser aptos para el servicio.

Muchos años antes que Jesús naciera, Isaías describe, como quien estuviera a los pies de la cruz, el sacrificio de Cristo y su obra en favor de la humanidad. Él señala: *“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Is 53:6).* Es decir, Cristo viene a ser el gran Sustituto que cargó con todo nuestro pecado. Tal como lo prefiguraban los levitas y los animales sacrificiales, es Jesús quien asume nuestra culpa, toma nuestro lugar en la muerte y su sangre lava nuestros pecados. No necesitamos añadir a su sacrificio nuestras obras para completar algo que ya está terminado. Hoy somos libres para servir a Dios con alegría y entregarnos en amor a nuestro prójimo, por quien Jesús también murió.

Amoroso Padre, gracias porque Jesús tomó nuestro lugar, ayúdanos a amar y servirte a Ti y a nuestro prójimo en libertad. Por Jesucristo pedimos. Amén.

(Mas Él herido fue - HL #483)

Mas Él herido fue por nuestras rebeliones,
molido fue, por nuestros pecados;
el castigo de nuestra paz fue sobre Él,
y por sus llagas fuimos curados.

12 de mayo

Texto: Números 9:1-23

Una nube en mi cabeza

“El día que el tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana” (Números 9:15).

En diferentes caricaturas, una nube gris sobre la cabeza del personaje es un símbolo visual de mala suerte, tristeza, preocupación, ansiedad, etcétera. Números también nos habla de una nube que cubría todo el tabernáculo, pero con un significado muy diferente. La nube era signo de la presencia misericordiosa de Dios, de su guía y protección. Ella apareció por primera vez para interceptar al ejército egipcio en el mar Rojo, luego guio a la nación hasta el monte Sinaí. Ocupó un lugar importante en la dedicación del tabernáculo al llenar el lugar santísimo, mostrando la presencia divina, su gracia, cuidado y dirección. Poco más de un año desde que acamparon en el Sinaí, un israelita podía mirar hacia el tabernáculo en cualquier momento y ver allí la columna de nube, de día, o la columna de fuego durante la noche. Era un recordatorio de que, aun en el ambiente hostil del desierto, el Señor era el líder y protector del pueblo que escogió como suyo. Esta nube los acompañaría hasta su entrada a la tierra prometida.

Hoy, por la fe en Jesús, eres parte del pueblo que Dios escogió como suyo, su Iglesia. Él continúa protegiendo tu vida, guiando tus pasos, sosteniendo y cuidando tu fe a través de medios visibles en los cuales te asegura su presencia constante y real, mientras transitas por medio del desierto, este valle de lágrimas que llamamos vida. Sus medios de gracia –su Santa Palabra, el Bautismo y la Santa Cena– son el lugar seguro al que podemos mirar, donde está Jesús, donde sabemos que se nos da perdón, fe y esperanza. La misma presencia divina nos acompañará hasta que lleguemos a nuestra tierra prometida, el Canaán celestial.

Padre bondadoso, que tu presencia siempre esté en medio nuestro, que tu Palabra y Sacramentos sean nuestra guía y protección. En nombre de Jesús. Amén.

(Él cuidará de ti - HL #940, estr.1)

Nunca desmayes en todo afán
¡Te cuidará el Señor!
Sus fuertes alas te cubrirán
¡Te cuidará el Señor!

13 de mayo

Texto: Números 10:11-36

Sólo para mí

“Entonces dijo Moisés a Hobab, hijo de Ragüel madianita, su suegro: Nosotros partimos para el lugar del cual Jehová ha dicho: Yo os lo daré. Ven con nosotros, y te haremos bien; porque Jehová ha prometido el bien a Israel” (Números 10:29).

Es erróneo pensar que la única manera de conservar algo bueno es manteniéndolo *“sólo para mí”*. Lamentablemente, en la historia del pueblo de Israel, vemos esto de manera recurrente: ellos pensaron que la bendición de Dios solo era para ellos. Este pensamiento fue heredado por las primeras comunidades cristianas, en las que muchos afirmaban que los no judíos no tendrían parte en la Iglesia de Cristo. Sin embargo, vemos en la lectura de hoy algo diferente. Durante todo el tiempo que los israelitas permanecieron en el Sinaí, se encontraban en la región donde habitaba la familia de la esposa de Moisés. Al dejar este lugar para emprender el viaje a la tierra prometida, Moisés invitó a su cuñado Hobab, madianita, que los acompañara. Éste al principio rechaza la invitación; sin embargo, vemos que, cuando se reparte la tierra en el libro de Jueces, sus descendientes recibieron una porción con la tribu de Judá. Moisés entendía perfectamente que el amor de Dios, expresado en las palabras *“yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo”* (Lv 26:12), también era ofrecido para todo el que se uniera a ellos en la travesía.

Así es el Evangelio de Cristo, más crece mientras más se comparte. Y Cristo nos invita a ser sus testigos hasta lo último de la tierra. El salmista escribe: *“Jehová, hasta los cielos llega tu misericordia, Y tu fidelidad alcanza hasta las nubes”* (Sal 36:5). El amor y la misericordia divina son fuentes inagotables que estamos llamados a compartir con todo aquel que está a nuestro lado, a través de nuestras palabras y obras de misericordia que dan testimonio de la fe que Dios ha puesto en nuestros corazones.

Misericordioso Dios danos, amor y valor para ser testigos de Cristo al mundo. En su nombre te pedimos. Amén.

(El Reino de la Vida - HL #754, estr.1)

Hemos celebrado ya la cena
Hemos compartido la esperanza
Vamos a la vida en la confianza
Que el amor redime nuestras penas.

14 de mayo

Texto: Números 11:1-23, 31-35

Insatisfechos

“Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos” (Números 11:5-6).

Los incidentes narrados en el texto de hoy muestran como la actitud de los israelitas fue pasando desde una queja hasta una completa rebelión ante Dios. Su actitud es también la nuestra. Vivimos *“insatisfechos”*. Si llueve, queremos sol, si hay sol, queremos lluvia. Si tenemos pollo, queremos pescado, si tenemos pescado, queremos carne. Incluso se ha vuelto socialmente aceptable codiciar, dejando de lado las cosas realmente importantes de la vida. Parece que nadie está contento con el pan diario que Dios le proporciona. Nos mostramos satisfechos cuando las cosas van bien, pero cuando las cosas no resultan como queremos nos sentimos completamente abandonados y olvidamos rápidamente lo que Dios nos da.

Tan solo mirar la promesa de vida eterna debiera mantenernos satisfechos, pero no es así. ¿Cómo salir del sentimiento de insatisfacción? Mira a Jesús. En la vida redentora, la muerte y la resurrección de Jesucristo, toda tu deuda pecaminosa fue satisfecha total y completamente. Has sido lleno en Cristo y por causa de Cristo. Él viene a ti, no solo en Su Palabra completamente satisfactoria, sino en su Cuerpo y Sangre plenamente satisfactorios. ¡Sí! Incluso este pequeño anticipo de la fiesta venidera es completamente satisfactorio para la vida, pues en él tienes el perdón de todos tus pecados. No luches contra el Espíritu Santo mientras abre tus ojos, oídos y corazón a la realidad plenamente satisfactoria del Pan de Vida en medio de ti, e incluso a través de ti, a otros que necesitan su satisfacción. Lleno de Cristo, verás que todos sus dones temporales también comenzarán a satisfacerte. Estarás satisfecho con una paz que sobrepasa toda comprensión humana, sin importar las circunstancias. Satisfecho por Cristo y en Cristo, dando gracias en todo.

Amoroso Señor, haznos ser agradecidos de todo lo que nos das. Por Jesús. Amén.

(Gracias te damos - HL #674, estr.1)

Gracias te damos por las bondades,
Que has derramado con gran amor.
Oye a tus hijos que hoy te cantamos
Con alegría de corazón.

15 de mayo

Texto: Números 11:24-29

Con nosotros siempre

“Entonces Jehová descendió en la nube, y le habló; y tomó del espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta varones ancianos; y cuando posó sobre ellos el espíritu, profetizaron, y no cesaron” (Números 11:25).

Creemos, enseñamos y confesamos que el Espíritu Santo es Dios. En la Biblia lo encontramos desde el primer capítulo de Génesis donde dice: *“y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”* (Gn 1:2) hasta el último de Apocalipsis donde señala: *“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven”* (Ap 22:17). Sin embargo, encontraremos una diferencia entre su actuar antes y después de Pentecostés. En el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo venía sobre una persona con el propósito de capacitarla para desarrollar una tarea en específico. En esta etapa de la revelación bíblica, el Espíritu Santo no permanecía en el creyente, sino que iba y venía en determinados momentos de la vida. Este fue el caso de los setenta ancianos que fueron elegidos para ayudar a Moisés, quienes, al ser llenos del Espíritu Santo, comenzaron a profetizar, es decir, a proclamar la Palabra del Señor. Cuando salieron del tabernáculo, este milagroso don ya no estaba disponible para ellos.

En el Nuevo Testamento la situación sería diferente, ya Joel anticipaba que Dios derramaría su Espíritu sobre todo el pueblo y Jesús dice claramente en Juan 14:16: *“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”*. La promesa se cumplió y, en el día de Pentecostés, los apóstoles fueron bautizados en el Espíritu Santo, quien los guiaría a toda verdad y toda justicia. Cristo es la Verdad y sólo Él es nuestra Justicia. Es el Espíritu quien viene a nosotros en la Palabra y con agua, en el Bautismo y en la Santa Cena, descendiendo con poder en nuestras vidas, trayendo a Cristo a nuestros corazones, su obra, su perdón, su paz, su reconciliación.

¡Oh, Señor! Danos tu Espíritu para que vivamos en fe y permanezcamos en tu paz. Por Cristo. Amén.

(Ven, Santo Espíritu, Señor - HL #533, estr.1)

¡Ven, Santo Espíritu, Señor,
Infunde de tu gracia el don
En mente y corazón del fiel,
Tu amor celoso enciende en él!
Señor, Tú has con viva luz
Pueblo en torno de la cruz,
De todas lenguas juntado.
Por ello seas alabado.
¡Aleluya, aleluya!

16 de mayo

Texto: Números 13:1-3, 17-33

Sigo su mandato, descanso en su promesa

“Entonces Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos” (Números 13:30).

Mandato y promesa, es lo que encontramos al comienzo de este capítulo. La situación era sencilla. ¿Entraría el pueblo a la tierra prometida confiando en la fortaleza y bondad del Señor? ¿O serían engañados por lo que veían sus ojos? Su corazón descansaría en la Palabra y promesa del que los envió diciendo: *“Envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel; de cada tribu de sus padres enviaréis un varón, cada uno príncipe entre ellos” (Nm 13:2).* Dios no necesitaba de estos espías, era el pueblo que una vez más dudaba de la guía y protección divina. Al regresar, uno a uno presentaron su informe: la tierra es buena, pero... el pueblo es fuerte, las ciudades fortificadas, etc. En sus palabras había una dolorosa verdad: *“No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros”.*

Si ante los desafíos que se nos presentan en la vida solo miramos nuestras fuerzas, siempre nuestra respuesta sería la misma: *“No podremos”*; si quisiéramos llegar al cielo con nuestras obras, también diríamos: *“No podremos”*. Pero si confiamos en la Palabra y promesa de Dios, *“Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co 15:57)*, las cosas cambian. Tristemente, la propia Iglesia es incapaz de distinguir la voz de la Palabra de Dios, dejándose seducir por voces extrañas que desalientan su misión. Mas Dios ha cuidado de que existan testigos y siervos fieles, como Caleb, que animen al pueblo y proclamen la victoria segura de Dios en Cristo, quien vino en la carne, murió, resucitó y ofrece el perdón de los pecados, y guíen al pueblo de Dios a escuchar la voz del Buen Pastor.

Amado Señor, que tu Palabra y promesa guíen nuestro actuar. Por Cristo oramos. Amén.

(Estad por Cristo firmes - HL #812, estr.1)

Estad por Cristo firmes, soldados de la cruz;
Alzad hoy la bandera en nombre de Jesús.
Es nuestra la victoria con Él por capitán;
Por Él serán vencidas las huestes de Satán.

17 de mayo

Texto: Números 14:1-25

Ahuyenta mi temor

“Perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí” (Números 14:19).

El pueblo estuvo toda la noche llorando, el informe de los espías los hacía anhelar su pasado en Egipto. Imagina esto por un momento, ellos estaban deseando volver a la esclavitud, donde sus hijos eran muertos, donde *“gemían a causa de la servidumbre”* (Ex 2:23). El temor pecaminoso puede escalar exponencialmente y transformarse en una absurda exageración. *“¿A dónde subiremos? Nuestros hermanos han atemorizado nuestro corazón”* (Dt 1:28). Moisés responde con paciencia a cada uno de sus temores, mostrándoles que es Dios quien ha estado con ellos siempre. Todas las experiencias que habían vivido desde su salida de Egipto eran razón suficiente para confiar en el Señor, pues en ellas podían ver a quien cumplió su promesa de que Él es Jehová, su Dios. Mas ellos no creyeron.

La incredulidad rechaza la prueba de bondad y misericordia de Dios. El temor que nos asedia frente a las circunstancias que nos rodean olvida todo lo que Dios hizo y hace por nosotros diariamente. Pero es allí donde nuevamente podemos descansar, no en las circunstancias, sino en un hecho concreto: en tu Bautismo. Allí Cristo y toda su obra se hizo tuya, Dios te llamó a ser su hijo y se comprometió a cuidar de tu fe y tu vida hasta el día en que te llame junto a Él a los cielos. El apóstol Juan te recuerda que *“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor”* (1 Jn 4:18). Ese perfecto amor es el que Cristo tiene por ti.

Gracias Señor por darme tu amor, permite que disipe todas mis dudas y temores. Por Cristo oramos. Amén.

(Hay un lugar do quiero estar - HL #875, estr.4)

Ni dudas ni temor tendré
Estando cerca de Jesús;
Cercado siempre me veré
De los fulgores de su luz.

18 de mayo

Texto: Números 14:26-45

Cambia, todo cambia

“Vosotros a la verdad no entraréis en la tierra, por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella; exceptuando a Caleb hijo de Jefone, y a Josué hijo de Nun. Pero a vuestros niños, de los cuales dijisteis que serían por presa, yo los introduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis” (Números 14:30-31).

La vida puede cambiar drásticamente en solo minutos. Un diagnóstico médico, un accidente, la partida de un ser querido, son algunas entre tantas cosas que hacen que nuestra vida de un giro imprevisto. Todas estas situaciones son consecuencias del pecado, aunque no necesariamente de *“mi pecado”*. Sin embargo, no podemos negar que nuestra desobediencia a Dios también acarrea consecuencias temporales y eternas. Detengámonos a pensar en este punto de la historia del pueblo de Israel, el día anterior la tierra prometida estaba tan cerca, podrían haberla conquistado; sin embargo, por causa de su incredulidad ya la habían perdido. Ninguno de los adultos entraría jamás en ella y, en lugar de arrepentirse, dejaron de lado la confianza en el Señor, actuando motivados por la obstinación y la altivez. Sin la bendición de Dios quisieron conquistar la tierra con sus propias fuerzas y terminaron derrotados. Una obediencia fingida es sólo otra forma de incredulidad. Sin embargo, a pesar de vagar por casi 40 años por el desierto, Dios nunca los abandonó, sino que se comprometió a sostenerlos.

Es la realidad con la que luchamos a diario, en palabras del apóstol Pablo *“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago”* (Ro 7:19) y por nuestra constante desobediencia no mereceríamos otra cosa más que el castigo de Dios. Pero Dios, en su misericordia, la misma que mostró al pueblo de Israel al preservar a sus hijos para conquistar la tierra, no nos paga con el mal que merecemos, sino que, por su gracia, este regalo inmerecido de Dios, nos perdona y preserva para que en Él seamos herederos de la vida eterna. Su amor nunca cambia.

Gracias Dios por perdonar mis pecados y regalarme eterna salvación. Por Jesús oramos. Amén.

(Perdón de mis pecados - HL #639)

Perdón de mis pecados, la paz del corazón,
La vida en alegría debo a Ti, mi buen Dios.
Triste, Señor, sin Ti el mundo es,
Sin alegría, sin la fe y sin amor.
Si solo estoy sin fuerza, sin vigor,
A dónde iré, sino es a Ti, Señor.

19 de mayo

Texto: Números 16:1-22

La culpa es del gobierno

“Y se juntaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: ¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?” (Números 16:3).

No podemos negar que las naciones sufren a causa de gobiernos corruptos, de líderes que han buscado su propio beneficio olvidándose del bien común. Son necesarias autoridades que gobiernen con rectitud y justicia, sin dejar de lado la guía de Dios en su Palabra. Sin embargo, en esta constante lucha por el poder, también hay *“líderes sociales”* que se alzan contra las autoridades, culpándolos de todo lo malo que sucede en el país, buscando ellos obtener alguna ganancia con su caída. Así encontramos a Coré, de la tribu de Leví, quien estaba llamando al pueblo a rechazar el liderazgo político de Moisés y el sumo sacerdocio de Aarón. Las frustraciones, la imposibilidad de reconocer sus propias culpas, llevaron a estos hombres a culpar a sus líderes de sus desafortunadas circunstancias.

¿No es esto lo que el hombre hace desde el principio? Ante su fracaso al desobedecer la Palabra de Dios, Adán responde diciendo: *“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”* (Gn 3:12). ¿No es esto lo que todos hacemos? Reconocer nuestros errores, arrepentirnos de nuestros pecados, no es algo natural en nuestras vidas, tratamos de justificarnos culpando a los demás, a las circunstancias, al clima, al gobierno o a quien se nos cruce por delante. Damos gracias a Dios que ha enviado su Santo Espíritu para convencernos de nuestro pecado, para que, al mirarnos frente a la ley de Dios, reconozcamos nuestra situación y veamos en Cristo el perdón que nuestras vidas necesitan. Normalmente, no debemos buscar un culpable más allá del que vemos en el espejo, y no necesitamos buscar el perdón y la paz más allá de Jesús.

Bondadoso Padre, haz que tu Espíritu nos lleve al arrepentimiento y podamos descansar en Jesús. En su nombre oramos. Amén.

(Señor, reconocemos - HL #642)

Señor, reconocemos
Que hemos pecado contra Ti.
Perdón te imploramos,
Jesús, postrados ante Ti.
¡Perdónanos!
Arrepentidos te pedimos.

20 de mayo

Texto: Números 16:23-40

Pastelero a tus pasteles

“Y el sacerdote Eleazar tomó los incensarios de bronce con que los quemados habían ofrecido; y los batieron para cubrir el altar, en recuerdo para los hijos de Israel, de que ningún extraño que no sea de la descendencia de Aarón se acerque para ofrecer incienso delante de Jehová” (Números 16:39-40).

Es común escuchar la frase *“pastelero a tus pasteles”*, la cual es un refrán que significa que cada persona debe ocuparse de sus propios asuntos, habilidades o responsabilidades, y no meterse en lo que no sabe o no le corresponde. ¿Podríamos imaginar a un albañil haciendo una cirugía a corazón abierto? ¿O a un abogado sin ningún conocimiento de plomería intentando reparar una fuga de agua? Seguramente algo se saldría de control, pues ni el uno ni el otro tienen el conocimiento o las habilidades para llevar adelante la tarea de manera exitosa. Cuando miramos al pastorado vamos aún más allá, pues no hablamos sólo de conocimientos o habilidades que nos permitan llevar adelante una tarea, sino de vocación, del llamado de Dios para llevar adelante el oficio. El problema de Coré y sus seguidores es que quisieron realizar una tarea para la cual Dios no los había llamado.

Es importante entender cuál es el lugar donde Dios nos ha llamado. Cada uno tendrá distintas vocaciones en el hogar, la sociedad, el trabajo o la iglesia, como padres, hijos, hermanos, jefes, empleados, laicos, pastores, etc. Somos responsables ante Dios de llevar adelante nuestra vocación con diligencia. La falta de pastores ha llevado a pensar que cualquiera puede llevar adelante esa tarea, por más que no tenga un llamado divino a hacerlo. Sin embargo, la Palabra de Dios enseña que esto no es así. En lugar de actuar en contra de ella, es mejor orar al Señor de la mies, para que envíe más obreros a la mies. Del mismo modo, nuestro Señor Jesús rechazó el ser un rey terrenal y llevó adelante su vocación para ser nuestro Salvador, aquel que perdona nuestros pecados.

Amoroso Dios, que tu Santo Espíritu obre en los corazones de nuestros jóvenes para que no rechacen el llamado que Tú les haces a servirte en el ministerio de la Palabra. Por Jesucristo te pedimos. Amén.

(Grato es contar la historia - HL #1009, estr.1)

Grato es contar la historia
Del celestial favor,
De Cristo y de su gloria,
De Cristo y de su amor;
Me agrada referirla,
Pues sé que es la verdad,
Y nada satisface
Cual ella mi ansiedad.

21 de mayo

Texto: Números 16:41 – 17:13

Arrepentimiento y fe

“y se puso entre los muertos y los vivos; y cesó la mortandad” (Números 16:48).

El temor invadía al pueblo de Israel; el día anterior Coré y sus seguidores habían perecido por causa de su rebeldía. Dios, una vez más, le daba al pueblo la oportunidad de reconocer su pecado para arrepentirse y seguirlo. Sin embargo, en lugar de eso, el pueblo comienza a culpar a Moisés y a Aarón, en definitiva, a culpar al mismo Dios por aquello que había acontecido. Siempre tiene que haber un culpable, pero ese culpable nunca soy yo. Es posible imaginar la frustración de Moisés y su hermano; ¿Cómo seguir pidiendo clemencia por un pueblo que se apartaba de Dios con tanta facilidad? Probablemente sería más fácil decir: “Dios, ya termina con todos de una vez”. Mas, aunque ya no quedaban palabras humanas, Moisés se aferra a la Palabra de Dios y envía a Aarón para que ofrezca una ofrenda de incienso, y la mortandad se detuvo.

No nos gusta que nos digan que hicimos mal, buscamos responsables a nuestro alrededor. El problema siempre está fuera de mí. Sin embargo, *“las excusas solo agravan la falta”*. El verdadero arrepentimiento solo es posible si es obrado por el mismo Dios. Es su Santo Espíritu el que convence al mundo de pecado (Jn 16:8), obrando el arrepentimiento y mostrándonos a Jesús. Cuando ya no nos quedan palabras, el Espíritu Santo *“nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”* (Ro 8:26). Confiamos en aquel gran Sumo Sacerdote que, más que incienso, ofreció su vida por nosotros y que, a pesar de nuestro pecado, hoy nos alcanza con su clamor desde la cruz: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (Lc 23:34).

Señor, obra en nosotros arrepentimiento y haznos confiar en tu perdón. Por Cristo. Amén.

(Tal como soy - HL #808, estr.4)

Tal como soy, me acogerás,
Perdón y alivio me darás;
Pues tu promesa ya creí:
Cordero de Dios, heme aquí.

22 de mayo

Texto: Números 20:1-21

Seguimos igual

“Y habló el pueblo contra Moisés, diciendo: ¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová!” (Números 20:3).

Cuarenta años vagó errante el pueblo de Israel por el desierto, a causa de su incredulidad ante el informe desfavorable de gran parte de los espías enviados a recorrer la tierra de Canaán. Podrían haber estado ya cuatro décadas disfrutando de aquella tierra prometida, pero fue necesario pasar por el desierto. Después de todo este tiempo, de ver a un Dios que acompañó su caminar, que los guio, alimentó, protegió y perdonó, se podría pensar que ya habían aprendido la lección. Sin embargo, las quejas y los reproches continúan siendo los mismos; es como viajar al día del éxodo, cuando el mar estaba frente a ellos y el ejército egipcio a sus espaldas.

El camino del hombre pecador no cambia con los años, ni con las circunstancias, ni con los ejemplos de otros. Ningún esfuerzo humano podrá cambiar verdaderamente nuestras vidas. Después de años, los problemas siguen siendo los mismos, queremos satisfacer nuestras necesidades terrenales, queremos que nuestros estómagos estén llenos, que todo marche según nuestros planes, que todos nuestros deseos sean satisfechos, ojalá con el menor esfuerzo posible. Dios es el único que puede poner un corazón de carne donde antes había uno de piedra (Ez 11:19-20). Es necesario el don sobrenatural de la fe, el nuevo nacimiento que viene de lo alto, para que ese corazón impenetrable y testarudo sea cambiado totalmente. Hubo uno que podría haberse quejado, pues sufrió las burlas, la traición y el abandono de sus amigos y hasta de su mismo Padre. Mas ni una queja, ni un reproche brotó de sus labios cuando cargaba la cruz en tu lugar, porque Él es fiel y constante en su amor. Todo esto para cambiar tu destino eterno, darte su perdón y que de tus labios broten palabras de gozo, esperanza y fe.

Gracias Señor, por cambiar nuestro corazón. Por Jesús oramos. Amén.

(Cabeza ensangrentada - HL #480, est.4)

Señor, lo que has llevado,
Yo solo merecí;
Lo que has al Juez pagado
La culpa yo debí.
Más, mírame; confío
En tu cruz y pasión.
Otórgame, Bien mío,
La gracia del perdón.

23 de mayo

Texto: Números 20:22 – 21:9

¿A dónde mirar?

“Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía” (Números 21:9).

Cuando nuestra mirada está puesta solo en las cosas que pasan a nuestro alrededor, fácilmente nos desanimamos. Enfrentamos día a día situaciones que atentan contra nuestra fe, gozo y esperanza. Enfermedades, problemas económicos, familiares, laborales, entre tantas otras cosas que afectan nuestro corazón. Todos nos desanimamos, pero el principal problema es cuando esto nos lleva a rebelarnos contra Dios. Algo así le pasó al pueblo de Israel, después de un largo camino, un inhóspito desierto, las circunstancias no eran las mejores desde su óptica. A pesar de ser cuidados por toda clase de recursos divinos, su hambre y sed los llevaron a rebelarse en contra de Dios una vez más. Dios envía serpientes venenosas no como una venganza, sino como un llamado al arrepentimiento. Ellos se arrepienten y Dios provee una solución que depende de la fe en el poder de su Palabra. Quien mira la serpiente, vivirá.

Rebelión, arrepentimiento y restauración, es el patrón de nuestra vida. Una restauración que también depende de la promesa de perdón que emana de la cruz de Jesús. Pues *“como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”* (Jn 3:14-15). Vivimos en rebelión con Dios, por lo que somos y hacemos, sin embargo, el Espíritu Santo levanta nuestras cabezas para que nuestros ojos miren a Jesús, y obtengan de Él la salvación. En esta promesa segura tenemos gozo, más allá de las circunstancias.

Santo Espíritu, has que siempre pueda poner mi confianza y mis ojos en Jesús. En su nombre oramos. Amén.

(¡Oh, Verbo Santo! - HL #521, est.2)

Cual la serpiente que Moisés fue a levantar,
Para de muerte librar,
Te levantamos sobre cruz, ¡oh, buen Señor!,
Cual faro eterno de amor;
Y desde allí, Cordero fiel,
¡Tu sangre diste por mi bien!
La criatura ve morir su Creador,
Y el sol se esconde de horror.

24 de mayo - Día de Pentecostés

Texto: Números 21:10-35

Él cumple su promesa

“Y tomó Israel todas estas ciudades, y habitó Israel en todas las ciudades del amorreo, en Hesbón y en todas sus aldeas” (Números 21:25).

Cientos de años atrás, Dios había hecho una promesa a Abram: *“A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates” (Gn 15:18-21).* Pero el hijo no llegaba y la fe de Abraham tropezó. Una descendencia que constantemente se rebeló contra Dios, uno de sus nietos vendiendo su primogenitura, sus bisnietos traicionando a su hermano, una familia que fue creciendo en número, pero que terminó siendo cautiva en Egipto por más de cuatrocientos años. Dios los liberó, pero tuvo que mantenerlos durante cuarenta años en el desierto por su incredulidad. Con esto, Dios tenía razones más que suficientes para anular su promesa; sin embargo, vemos ahora el comienzo de la conquista de la tierra prometida.

La Iglesia cristiana celebra Pentecostés, el día en que Dios cumple la promesa de enviar al Espíritu que los guiaría a toda verdad y justicia. Dios cumple su promesa de enviar poder desde lo alto a sus apóstoles para ser testigos desde Jerusalén hasta lo último de la tierra. Dios cumple su promesa con más de tres mil bautizados que esparcieron el evangelio para que hoy, dos mil años después, esa misma Palabra siga siendo predicada en todos los continentes. A pesar de las veces que su Iglesia se apartó de la fe verdadera, Dios siguió manteniendo su promesa a través de siervos que anunciaron su Palabra y administraron los Sacramentos con fidelidad. Puedes hoy estar seguro de que Aquel que te llamó a ser su hijo en el día de tu Bautismo, cumplirá su promesa de estar contigo todos los días hasta el fin del mundo, cuando junto a todos los salvados llegues a disfrutar de la Canaán celestial.

Alabado seas Dios por tu fidelidad, ayúdanos a ser fieles en nuestra confesión y vida. En el nombre de Jesús. Amén.

(Ven, Espíritu Santo - HL #535, est.1)

Tú, promesa del Padre,
don de Cristo Jesús,
Ven, y danos tu fuerza para llevar nuestra cruz.

25 de mayo

Texto: Números 22:1-20

Buscando en el lugar correcto

“Ven pues, ahora, te ruego, maldíceme este pueblo, porque es más fuerte que yo; quizá yo pueda herirlo y echarlo de la tierra; pues yo sé que el que tú bendigas será bendito, y el que tú maldigas será maldito” (Números 22:6).

El pánico, la desesperación, estaba ahora en la trinchera contraria. Los israelitas habían salido victoriosos en su encuentro con los amorreos. Balac veía cómo el pueblo de Israel poco a poco se desplazaba por los límites de su territorio poniendo en riesgo su seguridad. Bajo estas circunstancias es que piensa que lo que necesita es más que un ejército y su mentalidad pagana lo lleva a enviar mensajeros a Balaam, un codicioso profeta que probablemente veía a Jehová como uno más de sus dioses, para que maldijera al pueblo de Israel, pero con el que Dios se comunica para llevar adelante sus propósitos.

Lamentablemente estas prácticas paganas, que podemos *“entender”* en Balac, llegaron a ser parte de la vida del pueblo de Israel y hoy han infectado la vida de muchos cristianos. En lugar de mirar a Cristo y recurrir a Dios en los momentos de aflicción, lo que hacen es buscar lo que dice su horóscopo, a alguien que le mire las cartas, o directamente a *“brujos”* que puedan hacer un *“trabajito”* para eliminar los males propios o hacer males a otros. ¡Qué triste es ver cómo cristianos, a causa de la desesperación, se dejan engañar de esta manera! ¡Qué triste es ver cómo muchos usan el nombre de Dios para confundir nuestra débil fe y apartarnos de la verdad! Sin embargo, el llamado de Dios sigue siendo el mismo: *“Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más”* (Is 45:22). Él promete escuchar y responder tus oraciones, recuerda que *“El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también todas las cosas?”* (Ro 8:32).

Amoroso Señor, haz que confiemos en Ti en todo momento. Por Jesús oramos. Amén.

(Mi fe descansa en Ti HL #877, estr.1)

Mi fe descansa en Ti,
Cordero que por mí
Fuiste a la cruz:
Escucha mi oración,
Dame tu bendición,
Llene mi corazón
Tu santa luz.

26 de mayo

Texto: Números 22:21 – 23:3

Más terco que una mula

“Entonces Jehová abrió la boca al asna, la cual dijo a Balaam: ¿Qué te he hecho, que me has azotado estas tres veces?” (Números 22:28).

No había excusas. Dios había hablado claramente a Balaam diciéndole que los hijos de Israel tenían su bendición, que no debía decir algo fuera de lo que Él le ordenara. Sin embargo, su corazón era, literalmente, *“más terco que una mula”*. Su aparente obediencia al mandato divino cubría las intenciones de su corazón; sin embargo, incluso ellas servirían al propósito divino. Y una obstinada asna fue el instrumento que Dios usó para mostrarle a Balaam quién era el verdaderamente terco. La Palabra de Dios es tan poderosa que es capaz de hacer hablar a una asna. Una burra fue capaz de ver y entender lo que este hombre no podía comprender ni creer. Definitivamente, él era *“más terco que una mula”*.

Como una mula que se para con firmeza para no moverse a menos que ella quiera, así actuamos nosotros. Las palabras de Esteban antes de ser muerto nos definen con absoluta claridad al decir que somos: *“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros”* (Hch 7:51). Somos obstinados, creemos siempre tener la razón y no hay argumentos que nos hagan cambiar. Sin embargo, a pesar de nosotros, Dios irrumpe en nuestras vidas con su Ley, a través de la cual el Espíritu Santo obra derrumbando nuestro orgullo, nuestra arrogancia, para mostrarnos la necesidad que tenemos de un Salvador. Y por su Evangelio, nos muestra que ese Salvador es Jesús que, con su vida, muerte y resurrección nos salvó de nosotros mismos, del pecado, la muerte y el diablo. Hoy con sincera humildad podemos escuchar su voz en su Palabra, sabiendo que ella tiene verdadero poder para salvarte.

Bondadoso Señor, haz que tu Palabra transforme nuestras vidas. Por Cristo oramos. Amén.

(La Palabra del Señor - HL #846)

La Palabra del Señor no vuelve a Él vacía,
Amén, Amén.

Si nosotros calláramos las piedras clamarían,
Amén, Amén. Amén, Amén,
Amén, Amén. Amén, Amén,
Amén, Amén.

27 de mayo

Texto: Números 23:4-28

Algo parece no cuadrar

“No ha notado iniquidad en Jacob, Ni ha visto perversidad en Israel. Jehová su Dios está con él, Y júbilo de rey en él” (Números 23:21).

“¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo?” (Nm 23:8) Nada haría que este adivino fuese en contra de la voluntad de Dios. Cada palabra profética muestra que Dios está del lado del pueblo del pacto. Dios cumple la promesa que hizo a Abraham de que haría de su familia una gran nación. Él la bendeciría y en ella serían benditas todas las familias de la tierra. Hasta acá todo se ve muy bien, sin embargo, hay algo que parece no cuadrar: *“No ha notado iniquidad en Jacob, Ni ha visto perversidad en Israel. Jehová su Dios está con él, Y júbilo de rey en él”* (Nm 23:21). ¿De qué estamos hablando? La rebeldía, queja, inconformidad, idolatría, la incredulidad ha sido la constante del pueblo de Israel en cada momento de su peregrinación.

Lo mismo es para nosotros hoy: Pablo habla a los efesios de una iglesia santa, sin mancha, escogida desde antes de la fundación del mundo. Pero cuya santidad descansa en la gracia de Dios, en esta acción divina por la cual Él no mira nuestro pecado sino nos *“hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”* (Ef 1:6-7). Cuando Satanás, el mundo y el mismo viejo hombre que habita en ti, buscan apartarte de la fe en Jesús haciéndote mirar los antiguos fracasos y pecados en tu vida, puedes con seguridad aferrarte a la promesa de Dios, al saber que eres un bautizado, en Cristo eres perdonado y por la fe el cielo es tuyo. Por obra de Cristo, al igual que con el pueblo de Israel, Dios está contigo.

Amado Padre, gracias por hacerme tu hijo, perdonar mi pecado y asegurarme la bendición de tu presencia. Por Cristo oramos. Amén.

(Un solo fundamento - HL #810, estr.1)

Un solo fundamento y sólo un fundador,
La santa iglesia tiene en Cristo, su Señor.
Haciéndola esposa, del cielo descendió,
Y por su propia sangre su libertad compró.

28 de mayo

Texto: Números 24:1-25

Estrella de Jacob

“Cuando vio Balaam que parecía bien a Jehová que él bendijese a Israel, no fue, como la primera y segunda vez, en busca de agüero, sino que puso su rostro hacia el desierto; y alzando sus ojos, vio a Israel alojado por sus tribus; y el Espíritu de Dios vino sobre él” (Números 24:1-2).

Después de escuchar la misma voz de Dios advirtiéndole lo que debía hacer, luego de ser reprendido por una asna y que se le permitiera ver al Ángel de Jehová –Cristo mismo en el Antiguo Testamento–, por fin Balaam entendió que todas esas prácticas de adivinación y hechicería eran abominación delante del Señor. Ya no fue tras supersticiones paganas, sino que puso su mirada en el lugar correcto *“y el Espíritu de Dios vino sobre él”*. Sus ojos, su mente, su corazón, habían sido cegados por la codicia de las recompensas ofrecidas por Balac, pero al reposar el Espíritu Santo sobre él, de sus labios surgen alabanzas a Dios, profecías sobre la prosperidad de Israel, de gloriosos reinados como el de David, pero principalmente que de allí saldrá la Estrella de Jacob, el Mesías prometido.

A pesar de tener la ventaja de mirar desde el otro lado de la historia, con un Jesús que ya vino en Belén, que habitó entre los hombres, que con prodigios y milagros mostró la gloria de Dios, que predicó con la autoridad que solo el Hijo de Dios podía tener y que con su muerte vence al pecado y al diablo levantándose victorioso al tercer día, igual sigue siendo para nosotros imposible creer y confiar por nuestra propia razón o poder. Necesitamos la intervención del mismo Espíritu Santo, quien nos llama, congrega, ilumina y santifica. A través de la Palabra de Dios, el Bautismo y la Santa Cena, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros para que nos aferremos de Cristo y sus promesas. Es Él quien abre nuestros labios para que nuestra boca proclame su alabanza y comparta con otros la bendición de sus promesas.

Señor, que nuestros labios sean para alabarte y bendecir a quienes nos rodean. Por Jesús. Amén.

(Que mi vida entera esté - HL #691, est.3)

Que mis labios, al hablar,
Hablen sólo de tu amor;
Que mis bienes dedicar
Yo los quiera a Ti, Señor.

29 de mayo

Texto: Números 27:12-13

Reunidos por siempre

“Y después que la hayas visto, tú también serás reunido a tu pueblo, como fue reunido tu hermano Aarón”
(Números 27:13).

A simple vista no parece justo. Desde su infancia vivió perseguido, Dios lo libró de la muerte y, criado a los pies del faraón, comenzó su preparación para liberar al pueblo de Israel. Ante el llamado de Dios, aun en medio de los temores, fue y enfrentó a una de las grandes potencias de la antigüedad. A través de él Dios hizo grandes señales y llegó a ser un gran líder. Fue el instrumento en manos de Dios para escribir los cinco primeros libros de la Biblia, fue quien soportó las quejas y la rebelión del pueblo de Israel, quien en múltiples ocasiones se puso delante de Dios para interceder por quienes no merecían su preocupación. En todo esto fue un tipo, un anuncio vivo de la obra del Mesías, la Palabra encarnada que libertaría a la humanidad. Pero Moisés, este hombre digno de toda nuestra admiración y respeto, no entraría a la tierra prometida por causa de su pecado en Meriba.

Sin embargo, lo que para nosotros puede parecer una absoluta injusticia, nos muestra una verdad maravillosa. La muerte no es el final, sino que es donde *“tú también serás reunido a tu pueblo”*. Tu verdadero hogar está con Cristo, quien nos dijo que en la casa de su Padre hay muchas moradas y que ha preparado un lugar para todos los que creen en Él. Que tu verdadera esperanza no está en las cosas que puedas conseguir en este mundo, sino en lo que tu Padre tiene para ti en el cielo. En este mundo siempre viviremos aflicciones, pero un día volveremos a nuestro verdadero hogar, para ser reunidos por siempre con el pueblo de Dios, su Iglesia.

Padre, en medio de las injusticias de este mundo, que no olvidemos tu promesa de vida eterna. Por Jesús. Amén.

(Sublime Gracia - HL #938, estr.4)

Y cuando en Sión por siglos mil
Brillando esté cual sol,
Yo cantaré por siempre allí
A Cristo el Salvador.

30 de mayo

Texto: Números 32:1-6, 16-17

En la puerta del horno se quema el pan

“Por tanto, dijeron, si hallamos gracia en tus ojos, dése esta tierra a tus siervos en heredad, y no nos hagas pasar el Jordán” (Números 32:5).

Bajo la guía y bendición del Señor el pueblo de Israel había conquistado una gran parte del lado oriental del río Jordán. Había llegado a una situación muy similar a la de cuarenta años atrás, a solo un río de comenzar la conquista. Ya habían visto que *“en la puerta del horno se quema el pan”*; es decir, las cosas pueden estropearse justo al final cuando ya se creían seguras. En aquel momento fue el temor incrédulo que provocó las palabras de los espías; ahora surgían los intereses egoístas de los hijos de Rubén y Gad, las perspectivas de ganancias materiales que atentaban contra la unidad de pueblo de Dios, que podrían desalentarlos y una vez más ser testigos de como *“en la puerta del horno se quema el pan”*.

Pablo escribe a los Filipenses: *“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros”* (Flp 2:3-4). El mismo Jesús ora al Padre: *“...que todos sean uno; como tú, oh, Padre, en mí, y yo en ti”* (Jn 17:21). La verdadera unidad es el tema de Dios, nosotros actuamos con egoísmo, hablamos de división, de contiendas, de divorcio, buscamos nuestros intereses antes que el de los demás. No hay unidad con Dios fuera de Cristo y su sacrificio para darnos su perdón, ya que de ahí emana el perdonarnos unos a otros y vivir en armonía, a pesar de nuestras diferencias. En un mundo fracturado por causa del pecado, nuestra familia e iglesia puede permanecer unida, si Jesús es la fuente de esa unidad.

Amado Dios, mantennos unidos en una misma fe, un mismo Bautismo y Señor. Por Jesús oramos. Amén.

(Sostennos firmes - HL #548, estr.3)

¡Oh, Santo Espíritu de Dios!
Escucha de tu grey la voz:
Conserva en ella la unidad,
Y guárdala en tu santa paz.

31 de mayo - Domingo de la Trinidad

Texto: Números 35:9-30

Necesitamos un refugio

“os señalaréis ciudades, ciudades de refugio tendréis, donde huya el homicida que hiriere a alguno de muerte sin intención” (Números 35:11).

Los pueblos de todos los tiempos han visto la necesidad de regular las relaciones sociales mediante ordenamientos jurídicos que permitan la resolución de conflictos de diversa índole. El sistema penal busca prevenir y sancionar los atentados contra la vida y la integridad física de las personas, sus propiedades, honra, etc. Una de las instituciones más antiguas en este sistema es el vengador de la sangre, aquel familiar designado para dar muerte a quien haya asesinado a su pariente. Pero ¿qué hacer si la muerte era accidental? En este caso, Dios ordenó construir ciudades de refugio para resguardar a aquellos que causaron la muerte sin intención, protegiéndolos del vengador de la sangre y dándoles la oportunidad de un justo juicio. Pero el culpable no escaparía de la condena.

¿Qué hay de nosotros y Dios? ¿Tenemos cómo alegar inocencia por los pecados que cometemos? ¿Podríamos decirle que fue *“sin querer”*? ¿Sería posible reclamar demencia? Ninguno de nuestros argumentos podrían justificarnos, porque la verdad es que no nos transformamos en pecadores cuando pecamos, sino que pecamos porque ya desde nuestra concepción somos pecadores. Y ser pecadores es lo que nos aparta de Dios y nos hace merecedores de la muerte eterna. Sin embargo, es allí donde resultan tan consoladoras las palabras del salmista que nos dice *“nuestro refugio es el Dios de Jacob”* (Sal 46). No hay excusa, hay perdón. Pablo nos dice: *“os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz”* (Col 2:13-14). Cristo toma nuestra culpa sobre sus hombros, y es nuestro refugio que nos libra de la muerte y nos regala vida eterna.

Señor, sé mi refugio hasta la eternidad. Por Jesús. Amén.

(Alma, cese tu dolor - HL #612, est.2)

Sobre el justo se cargó
Toda tu perversidad:
Dios así lo castigó
Para darte libertad;
Mira, triste pecador,
Cristo es tu libertador.

JUNIO

El texto bíblico y la meditación

1 de junio

Texto: Eclesiastés 9:1-17

¿Rápidos, fuertes o sabios?

“Me volví y vi debajo del sol, que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes las riquezas, ni de los elocuentes el favor; sino que tiempo y ocasión acontecen a todos.” (Eclesiastés 9:11).

En el camino de la vida nos encontramos con situaciones que parecen ser muy injustas. Eclesiastés nos explica esto: lo que pensamos que debería ser no siempre resulta así. Pensaríamos que una buena educación o posición económica nos garantiza el futuro. Sin embargo, nos damos cuenta de que en más de una ocasión la realidad es otra. *“¡Esto es injusto!”* decimos.

La vida está llena de injusticias. Pero una persona vivió todas las injusticias que podamos imaginar juntas. Jesús es todopoderoso, sabio, fuerte, prudente y rico en todo bien; pero fue tratado como delincuente, ignorante, golpeado y despreciado por la mayoría que lo conoció. ¡Esto también fue injusto! Pero, aunque Jesús fue maltratado de múltiples formas, no se quejó ni reclamó, sino que en su inocencia y silencio se manifiesta fuerte, poderoso, sabio y rico en la injusta cruz del Calvario para que cada ser humano tenga y tengamos perdón de los pecados en medio de cada injusticia que nos toque vivir.

Padre poderoso, gracias por darnos en tu Hijo sabiduría, fortaleza, prudencia y paz. Te pedimos que nos concedas cada día la oportunidad de creer y confiar en tu voluntad sobre todas las cosas. En nombre del Señor Jesucristo. Amén.

(Jesús, Mi Tesoro – HL # 873, estr.1)

1. Jesús, mi tesoro, mi dicha, mi amor,
Tú solo el consuelo me mandas a mí:
Si alegre me encuentro, si tengo dolor,
Mi tierna plegaria dirijo hacia Ti.

2 de junio

Texto: Eclesiastés 10:1-20

Sabias Palabras

“Las palabras de la boca del sabio son llenas de gracia, más los labios del necio causan su propia ruina.” (Eclesiastés 10:12).

Las palabras son poderosas. Bien usadas producen alegría y dan paz. En la boca de personas malintencionadas pueden causar gran daño. Todos lo sabemos, nuestras palabras pueden hacer una gran diferencia a nuestro alrededor. Entonces nos preguntamos, ¿Dónde está la diferencia entre buenas y malas palabras? Jesús nos da la respuesta: *“de la abundancia del corazón habla la boca.”* (Lc 6:45). Cuando escuchamos hablar a otras personas nos damos cuenta cuáles son sus valores e intenciones. Cuando hablamos damos a conocer nuestras creencias y pensamientos. Una palabra sabia ayuda, consuela, y anima.

La Palabra de Dios está llena de gracia porque nos revela el camino de la vida verdadera. El camino que Dios muestra conduce hacia la eternidad y comunión con Él. Este camino de vida es único, no hay otro. Jesús es el camino a la vida. Cuando oímos su Palabra recibimos con alegría el regalo de la salvación que solo Él puede dar. La boca de Jesús está llena de sabiduría porque Él nos conoce. Su boca está llena de gracia porque nos perdona. Al conocer las palabras de amor y perdón de Jesús, aprendemos a compartir palabras sabias llenas de gracia que nos alejan de la ruina y el caos del mundo. Confiemos, hablemos y vivamos con la sabiduría que solo Jesús puede dar.

Señor Jesús, gracias por darnos tu Palabra segura y viva. Enséñanos a vivir y hablar con sabiduría cada día. Amén.

(Tu Palabra ¡Oh, Padre Santo! – HL #842, estr.3)

Tu Palabra es clara fuente
De aguas vivas de salud,
En la que halla el indigente,
Para todo mal virtud.
Es el pan para el hambriento,
Al perdido ofrece hogar.
El cansado cobra aliento
En sus páginas sin par.

3 de junio

Texto: Eclesiastés 11:1-10

El camino de Dios

“Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas.” (Eclesiastés 11:5).

¿Cuántas situaciones ocurren a nuestro alrededor y las desconocemos? En medio de tanta incertidumbre, incompreensión e incapacidad de controlar todo lo que ocurre en el mundo, podemos sentirnos desamparados. Es natural sentir ansiedad con el simple hecho de pensarlo. Si lo pensamos seriamente, ignoramos más de lo que realmente conocemos. ¿Esa verdad nos impide vivir? Es una posibilidad, pero no debe ser así.

Eclesiastés nos recuerda que desconocemos muchas cosas. Pero lo más importante de este pasaje no es lamentarnos por lo que ignoramos, sino encontrar consuelo en lo que sí sabemos: Dios hace todas las cosas. Dios está presente y activo detrás de todo lo que sucede en este mundo. Nuevamente, ¿entendemos toda la obra de Dios, la podemos discernir con nuestras mentes? imposible. Pero eso no nos genera ansiedad porque lo esencial para nuestro bienestar espiritual sí lo conocemos. Dios lo da a conocer: Jesús, Hijo de Dios dado por nosotros para que conociéramos al Padre (Jn 14:6). Jesús es el camino de la vida, Él nos lleva de la ansiedad a la paz, de la incertidumbre al consuelo y de la ignorancia a la verdad eterna. Confíemos en las promesas y las obras de Dios, así tendremos seguridad en medio de cada dificultad que nos toque vivir.

Amado Dios, Concede que tus promesas sean nuestro refugio cada día. En Jesús. Amén.

(Confía tu Camino – HL #930, estr.2)

Constante en Dios confía,
Y en paz podrás vivir:
Su obrar será tu guía
Por siempre en tu existir.
Con penas y amargura,
Con tu propia aflicción
No lograrás ventura,
Mas sí con oración.

4 de junio

Texto: Eclesiastés 12:1-4

Tengamos buena memoria

“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento” (Eclesiastés 12:1).

La mala memoria o pérdida de memoria nos afecta. En algunos casos, un accidente, o tragedia pueden causar amnesia. En otros casos, las ocupaciones y exigencias de una vida acelerada nos llevan al olvido. O, simplemente, aplicamos una memoria selectiva, recordando lo que nos conviene para descartar o eludir lo que nos compromete o hace sentir mal. Nos damos cuenta de que tener una buena memoria nos ayuda aun en lo más cotidiano de la vida. Algunas tareas esenciales y cotidianas las hacemos *“de memoria”*, sin pensarlas.

Si en lo cotidiano es importante recordar, cuánto más en relación a Dios. Recordar a Dios, su presencia y obra de amor por nosotros es vital para tener una vida plena, en la que podamos decir: *“Tengo alegría y paz”*. Somos animados a recordar a Dios cada día, siendo niños, jóvenes o ancianos. Cada día tiene sus propios desafíos, por eso ponemos la mirada y confianza en Dios que hace todo por nosotros. Dios que nos creó, también nos da la salvación. Jesús es la razón por lo que podemos decir, aun en el día malo, que tenemos lo necesario y más para estar seguros y confiados. El Padre eterno nos da vida, Jesús rescata nuestra vida para que tengamos por Él vida eterna. Tengamos buena memoria, recordemos que todo lo tenemos por amor de Dios.

Poderoso Jesús, renueva en nosotros la certeza que todo lo bueno proviene de tu cruz bendita. En el nombre de Jesús. Amén.

(Según tu Dicho y Voluntad – HL# 723, estr.1)

Según tu dicho y voluntad
Que en gratitud oí,
Me acordaré, mi Redentor,
Me acordaré de Ti.

5 de junio

Texto: Proverbios 1:8-33

Una Palabra para compartir

“La sabiduría clama en las calles, Alza su voz en las plazas; Clama en los principales lugares de reunión; En las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones.” (Proverbios 1:20-21).

La sabiduría es una cualidad que puede anhelarse. También puede ser objeto de deseo, pero no es así como se obtiene. ¿Acaso podremos ir a un mercado y comprar 10 kilos de sabiduría? No, la sabiduría es mucho más que una cualidad o capacidad humana. No la podemos comprar ni surge de manera espontánea en una persona. La Biblia nos enseña que la sabiduría es un don, un regalo que solo Dios puede dar a las personas.

En el libro de Proverbios la sabiduría habla, llama, invita y ayuda a entender. La Sabiduría es una persona que se manifiesta frente a otros para ayudarlos a comprender el mundo en que vivimos. Ya no hay misterio, Jesús es esa persona. Jesús es la Sabiduría de Dios humanada para que podamos oír un mensaje que da vida, que explica las razones y necesidades más profundas de cada ser humano. Dijimos que la sabiduría es un don de Dios y ahora sabemos que Jesús es el regalo perfecto para todos nosotros. Con su muerte y resurrección Jesús demuestra quién es y qué hace por nosotros. Él es la sabiduría que nos hace *“sabios para la salvación”* (2 Tim 3:15). Jesús da su vida para tengamos vida y sepamos cómo vivirla: en amor y sabiduría aplicada al servicio de nuestro prójimo.

Señor Jesús, tu sabiduría es infinita, ayúdanos a ser sabios para vivir plenamente en la libertad que nos regalas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Palabra de la Cruz – HL# 855, estr.5)

Locura piensan es,
Escándalo también,
Mas Cristo de Dios es poder,
Sabiduría y bien.

6 de junio

Texto: Proverbios 3:5-24

Amor que duele

“No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, Ni te fatigues de su corrección; Porque Jehová al que ama castiga, Como el padre al hijo a quien quiere.” (Proverbios 3:11-12).

Los llamados de atención y la corrección por hacer las cosas mal no nos gustan. Preferimos evitar la disciplina, ocultar o disimular los errores. También somos hábiles para poner excusas y culpar a otros de lo que no salió bien. Está en nuestra naturaleza, somos así y lo sabemos. Pero más necesario aun es reconocer que Dios también sabe cómo somos. Dios conoce que necesitamos la corrección y, aunque suene difícil de digerir, el castigo de nuestras faltas.

Una vez más, el diagnóstico que nos ofrece la Palabra de Dios nos deja sin argumentos. Pero cuando es claro que necesitamos ser corregidos, también queda claro que el motivo para que esto ocurra es el amor de Dios. Es un amor de Padre que está atento y cuidadoso de sus hijos. El amor de Dios puede dolernos, pero no deja de ser amor. El amor de Dios por nosotros es de tal magnitud que no tuvo reparos en entregar a su Hijo Jesús y depositar sobre Él el castigo de nuestro pecado. Así nos ama el Padre y por eso también nos corrige para que no erremos y perdamos el camino. Cuando entendemos de esta forma su amor perfecto nos alegramos y damos gracias. Él se interesa por cada uno de nosotros, nos corrige y ofrece su perdón abundantemente.

Padre atento, cuida con cariño nuestra vida y corrige nuestro sendero para no desviarnos de la fe. En nombre de Jesús. Amén.

(Tu Palabra es mi Cántico – HL #841, estr.4)

Tu Palabra ofrece libertad,
Y es consuelo en la aflicción;
Cual martillo, espejo y fuego es
Convenciendo el corazón.

7 de junio

Texto: Proverbios 4:1-27

La medicina perfecta

“Hijo mío, está atento a mis palabras; Inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; Guárdalas en medio de tu corazón; Porque son vida a los que las hallan, Y medicina a todo su cuerpo.” (Proverbios 4:20-22).

Las palabras son poderosas, pueden causar dolor y también traer alivio. Una palabra dada a tiempo puede evitar grandes problemas. No es casualidad que Dios nos ha creado con la capacidad de comunicarnos por medio del lenguaje. Para algunos esta capacidad innata en el ser humano sigue siendo un misterio: nadie nos dice cuándo o cómo hablar, simplemente lo hacemos siendo muy pequeños. Aprendemos a hablar oyendo y repitiendo. Cuando prestamos atención a lo que otro dice, no solo podemos repetirlo, también entenderlo y aplicarlo en acciones concretas. Un maravilloso potencial que Dios nos regaló.

Dios nos creó que podamos comunicarnos entre nosotros, pero más aún para que Él pueda hacerlo con nosotros: que lo conozcamos y amemos como Él nos conoce y ama. La Palabra de Dios es vida. La Palabra de Dios sana nuestros dolores más profundos, renueva nuestra fuerza y nos ofrece el camino de la vida por el perdón de los pecados. Cuando se comunica con nosotros entrega un tesoro precioso que solo puede ser guardado en el corazón. Desde allí irradia sentido a todo lo que hacemos porque tenemos su paz en nosotros. Con esa paz, aprendemos a irradiarla en otros, buscando que nuestras palabras den ánimo y sanen los corazones de quien nos escucha.

Señor Jesús, tus palabras son verdaderas y dan vida. Ayúdanos a inclinar nuestro oído a ellas siempre. En el nombre de Jesús. Amén.

(Tu Palabra es mi Cántico – HL #841, estr.5)

Tu Palabra es mi agua y pan;
Limpia el ser y fuerza da;
Alimento encuentro para mí,
Dios así me sostendrá.

8 de junio

Texto: Proverbios 5:1-23

Matrimonio: único plan de Dios

“¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena, Y abrazarás el seno de la extraña? Porque los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová, Y él considera todas sus veredas.”
(Proverbios 5:20-21).

La vida para la que Dios nos creó queda claramente establecida en el inicio de su Palabra cuando afirma que el hombre se unirá a su mujer y serán una sola carne. Este es su plan. Todo lo que implique practicar la intimidad humana fuera del matrimonio tiene consecuencias impredecibles. ¿Cuántos conflictos, crímenes, peleas, etc. se originan precisamente porque varones y mujeres “*andan ciegos*” detrás de otras personas que no son su esposa o esposo?

Dios nos recuerda en su Palabra que su mirada está sobre tales situaciones. El adulterio no es anécdota, sino pecado. El sexto mandamiento lo deja bien en claro: No cometerás adulterio. Dios está atento a nuestros pasos y nos anima a que los dirijamos al lugar donde Él mismo nos orienta para bendición: el hogar, la familia, el matrimonio. Dios creó el matrimonio y la familia para que entendamos la necesidad de un refugio y lugar de encuentro. Junto a la familia, la iglesia es el lugar donde encontramos descanso, paz y el perdón para cada pensamiento, palabra o acción que nos enceguecen. Busquemos con dedicación una vida fructífera en la gracia y el amor que Dios nos regala.

Padre de amor, nos uniste a tu familia santa para que vivamos en comunión. Permite que estemos atentos a las tentaciones que nos alejen de ella. En nombre de Jesús. Amén.

(Al ser yo Tentado – HL #927, estr.1)

Al ser yo tentado,
Cristo ven a mí,
Para que no ceda
A la tentación,
Ni por sus halagos
Yo te deje a Ti,
Al abismo yendo
De la confusión.

9 de junio

Texto: Proverbios 8:1-21

El verdadero tesoro

“Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas; Y todo cuanto se puede desear, no es de compararse con ella. Yo, la sabiduría, habito con la cordura, Y hallo la ciencia de los consejos.”
(Proverbios 8:11-12).

El deseo de los bienes materiales puede ser un objetivo en la vida. Si la vida se ordena detrás de la búsqueda material, es lógico que el dinero y la abundancia sean considerados como lo más importante para atesorar. Sin embargo, el proverbio nos enfrenta a una visión de la vida totalmente opuesta: la sabiduría es el bien superior que se pueda desear y nada se compara con este don espiritual. Pero, ¿cómo puede la sabiduría ser un tesoro?

Estamos acostumbrados a pensar en tesoros que se pueden ver y almacenar. Ahora, la sabiduría representa un bien mayor; primero, porque nadie la puede robar y, segundo por lo que resulta de ella: cordura y buen consejo. La sabiduría nos permite tener una vida tranquila y bendita, incluso llena de bienes. La sabiduría trae la verdadera riqueza a nuestras vidas. Esta es la promesa de Dios: todo el que reciba su sabiduría será bendito por la eternidad. Con esta seguridad vivimos y confiamos en que hemos sido enriquecidos con bienes que no se corrompen ni desaparecen, porque son los tesoros que se guardan en el cielo (Mt 6:19-21).

Padre de toda abundancia, nos enriqueciste con el precioso regalo de tu perdón que brota desde la cruz. Concédenos humildad para buscar siempre los tesoros eternos. En nombre de Jesús. Amén.

(Amigos de Cristo – HL #819, estr. 2)

Pueblo del pacto guiados por Jesús,
Andemos siempre con visión y luz.
Con sus riquezas y abundante amor.
Amigos de Cristo, de Cristo el Señor.

10 de junio

Texto: Proverbios 8:22-36

El favor de Dios es vida abundante

“Bienaventurado el hombre que me escucha, Velando a mis puertas cada día, Aguardando a los postes de mis puertas. Porque el que me halle, hallará la vida, Y alcanzará el favor de Jehová.”
(Proverbios 8:34-35).

Cada vez que nos dedicamos a pensar en el sentido de la vida es posible que varias ideas vengan a nuestra mente. Para unos la vida es disfrutar del momento. Para otros es aprovechar el tiempo y ambicionar grandes logros como riqueza, fama o poder. ¿Quién da sentido a nuestra vida? Aquí el proverbio nos recuerda que una vida bendita es la de aquel que es capaz de prestar atención, escuchar, y esperar con paciencia. Es necesario esperar, pero no en cualquier promesa vacía.

Esperamos y confiamos en el único y verdadero Dios quien nos mira con su favor y con misericordia nos demuestra que solo en Él es posible encontrar sentido a la existencia. El favor de Dios se manifiesta plenamente en su Hijo Jesús. Frente a Él contemplamos con asombro la forma en el poder divino que logra manifestarse en medio de la mayor debilidad. En la cruz del Calvario el Padre nos recuerda que en Jesús tenemos vida abundante. Vivamos con la alegría que recibimos el favor, las promesas y cuidado que solo Dios puede darnos.

Padre misericordioso, tus favores y cuidados son permanentes, gracias por tanto amor y el don de la vida. Haz que por tu Espíritu Santo llevemos una vida digna de un regalo tan precioso. Por la obra y en nombre de Jesús. Amén.

(¿Cómo he de recibirte? – HL #380, estr.5)

Del cielo Tú has venido,
Movido por tu amor,
Tu trono bendecido
Dejaste y su esplendor,
Y al mundo y su miseria
Tan lleno de dolor
Visitas en tu gracia
Y colmas de favor.

11 de junio

Texto: Proverbios 9:1-18

Principio y fin de la vida

“El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, Y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia. Porque por mí se aumentarán tus días, Y años de vida se te añadirán.” (Proverbios 9:10-11).

Cuando pensamos en el temor vienen a nuestras mentes imágenes de situaciones trágicas, o fuera de control. Incluso podemos recordar alguna película de terror o la peor de las pesadillas. Este tipo de temor nos paraliza y debilita. Nuestros temores tienen motivo, pues cada uno de ellos nos expone de una manera u otra a la realidad de la muerte.

La Palabra de hoy nos invita a considerar el temor a Dios. Nos dice que este temor es diferente porque no nos paraliza; al contrario, nos moviliza hacia la sabiduría, el conocimiento de la Salvación, y una vida próspera en tiempo y calidad. El temor a Dios no nos aleja de Él, sino que nos invita a estar en su presencia en plena paz y confianza. Por eso confesamos en el catecismo Menor de Lutero: *“Debemos temer y amar a Dios...”* y seguidamente cada explicación de los mandamientos nos orienta hacia una vida cristiana que da frutos de amor y servicio pues se nutre de la raíz de todo bien que es Jesús, el Santísimo; entregado por nosotros para que su amor perfecto eche fuera todo temor (1 Jn 4:18).

Señor Jesús, Tú eres el Santo enviado por el Padre para que vivamos en plena comunión con Él. Permite que vivamos sin temor, con fe y toda seguridad en tus promesas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Envíanos Padre tu Espíritu Santo – HL #531, estr.2)

Envíanos Padre, tu Espíritu Santo,
Que nos prometiera tu Hijo el Señor.
Que nos dé su ciencia, su sabiduría,
El entendimiento para orar a Dios.

12 de junio

Texto: Proverbios 10:1-23

En la dirección correcta

“La obra del justo es para vida; Mas el fruto del impío es para pecado. Camino a la vida es guardar la instrucción; Pero quien desecha la reprensión, yerra.” (Proverbios 10:16-17).

Cuando transitamos por un camino desconocido es muy común estar inseguros y dar mayor atención a las señales para no perdernos. Hoy en día la tecnología resuelve bastante esta dificultad, pero hay lugares donde necesitamos detener la marcha y preguntar si vamos en la dirección correcta. La vida cristiana no es muy diferente: necesita orientación clara para saber adónde vamos y agregamos que también necesita precaución para saber también dónde no debemos ir.

La instrucción que Dios ofrece en su Palabra es tan cierta y clara que no da lugar a dudas. Hay dos caminos el de la justicia y el del pecado. Cada uno tiene sus propias formas y resultados. De eso no hay duda. La dirección correcta es la de la vida, para eso necesitamos ser instruidos en este camino. Por medio de Jesús recibimos la justicia necesaria para conocer y guardar esta instrucción que da vida. Jesús es quien nos limpia en el agua bautismal de toda injusticia y perdona el pecado que busca llevarnos por el camino del error y maldad. Pongamos nuestra atención en la instrucción de Jesús, caminemos en buenas obras para que, ante todo, Dios sea alabado y su obra de amor enaltecida.

Señor Jesús, Tú eres el camino, la verdad y la vida. Fuera de ti solo hay condenación. Ayúdanos a ser dignos de tu llamado a la vida para caminar junto a Ti sin desmayar. En el nombre de Jesús. Amén.

(Cristo Salvador, Sé mi Guiador – HL #894, estr.1)

Cristo Salvador,
Sé mi guiador
En la senda de esta vida
A la patria apetecida:
¡Nuestro galardón
Nos espera en Sión!

13 de junio

Texto: Proverbios 13:1-25

Espera confiada

“La esperanza que se demora es tormento del corazón; Pero árbol de vida es el deseo cumplido.”
(Proverbios 13:12).

La esperanza es esencial a una vida sostenida en la fe. Podemos esperar muchas cosas, pero no todo lo que esperamos se basa en la esperanza de la fe. Esperemos un buen resultado en un examen, un estudio médico, una entrevista de trabajo. Sobre cada situación de la vida ponemos cierto grado de esperanza. Lo que resulte de esta espera puede o no ser lo que esperamos. Hay incertidumbre e inquietud, por eso nuestro espíritu puede desanimarse, perdemos la paciencia y hasta nos enojamos.

La imagen del árbol explica que la verdadera esperanza es muy valiosa. Un árbol tiene raíces que lo afirman, un tronco que le da solidez frente a las tormentas y ramas que dan frutos y sombra. La esperanza cristiana es como ese árbol: tiene raíces que se hunden en la Palabra de Dios y sus promesas seguras, también tiene un sustento firme que es la obra de amor y perdón de Jesús por toda la humanidad y cada uno de nosotros. Finalmente, esas raíces y tronco permiten el desarrollo de ramas y follaje que manifiestan a todos la vitalidad y obras que definen su identidad. La fe cristiana lleva frutos abundantes de paciencia y confianza porque nuestra esperanza está en Cristo y no se marchita.

Señor Jesús, Tú eres el árbol de la vida. Renueva nuestra esperanza en tus promesas y danos el descanso necesario de todas nuestras angustias. En el nombre de Jesús. Amén.

(Fe de nuestros Padres – Omnipotente y Eterno Dios – HL #823, estr.3)

Danos la fe que dé valor
Para enfrentarnos con el mal,
Y por palabra y por acción
Buen testimonio siempre dar.
¡Hasta la muerte, en Cristo esté
Nuestra esperanza y nuestra fe!

14 de junio

Texto: Proverbios 14:1-27

Receta para una buena vida

“En el temor de Jehová está la fuerte confianza; Y esperanza tendrán sus hijos. El temor de Jehová es manantial de vida Para apartarse de los lazos de la muerte.” (Proverbios 14:26-27).

Una comida se compone de varios ingredientes. Bien combinados dan lugar a un plato que comemos y saboreamos con gusto. No hay mayor placer que disfrutar de una comida bien preparada. En esta porción de Proverbios encontramos varios ingredientes que hacen a una buena vida: temor de Dios, confianza, esperanza y prudencia frente al mal.

Cuando estos ingredientes se combinan de la forma adecuada, darán un resultado bendito y eterno. El primero y esencial es el temor de Dios, todo comienza allí. Sin temor a Dios nada es posible, no hay vida verdadera. Toda vez que tememos, honramos y amamos a Dios y su Palabra tendremos la certeza que Él ha obrado en nuestras vidas para darnos su salvación. La fe que da confianza nos lleva a temer a Dios y su buena voluntad. Esta confianza en el perdón de Dios nos acerca a la esperanza que nada podrá separarnos de su amor (Ro 8:38). Temor a Dios, confianza y esperanza unidos nos permiten luchar contra nuestros enemigos espirituales. En esta lucha no estamos solos, Jesús mismo viene en nuestro auxilio, renueva nuestra fe e invita a confiar en Él sobre todas las cosas.

Padre Todopoderoso, en tu amor nos muestras el sentido de la vida verdadera. Sostennos en medio de nuestra debilidad para perseverar en el camino de la fe y esperanza. En el nombre de Jesús. Amén.

(Nada puede ya faltarme – HL #895, estr.1)

Nada puede ya faltarme
Porque el buen Pastor me guía
Por la tierra saludable
En divinos pastos rica.
Junto a aguas de reposo
El Señor me pastorea:
Manantial de vida eterna
Que mi espíritu recrea.

15 de junio

Texto: Proverbios 15:1-29

Dios en el Centro de todo

“Mejor es lo poco con el temor de Jehová, Que el gran tesoro donde hay turbación. Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, Que de buey engordado donde hay odio.” (Proverbios 15:16-17).

Hace varios siglos era común la creencia que el sol giraba alrededor de la tierra. Hoy día, nadie duda que el sol es el centro del sistema solar y que la tierra junto a otros planetas orbita a su alrededor. Este conocimiento es verdadero y nadie lo cuestiona.

Sin embargo, muchos aun cuestionan la necesidad de Dios en sus vidas. Lo rechazan y desprecian, pues ignoran la importancia del temor de Dios en la vida cotidiana. Vemos que Dios ha sido desplazado del centro y se colocaron otras cosas como la riqueza material, búsqueda del placer y satisfacción momentánea por medio del entretenimiento. Dios está ausente de esta imagen. Las consecuencias son evidentes: vacío e insatisfacción espiritual, problemas de salud física y emocional, conflictos, caos, división y odio. Jesús vino al mundo a revertir cada una de estas situaciones. Se hace presente como uno de nosotros para mostrarnos que Él es el centro de nuestra existencia para que podamos caminar a su lado, confiar y escuchar su Palabra. Jesús nos llama a estar contentos con lo que tenemos, previniéndonos de caer en búsquedas fantasiosas que solo nos alejan de la vida verdadera.

Señor de la Vida, nos creaste y provees de todo lo necesario para vivir. Concédenos el don de contentarnos en lo material para no perder de vista la recompensa eterna. En nombre de Jesús. Amén.

(El sello de Lutero – HL #550, estr.1)

El Sello de Lutero es
Reflejo de su credo.
Para la iglesia fiel es pues
A Dios apunta entero.
La negra cruz al centro va:
Jesús murió y escrito está:
“Perdón y vida heredo”.

16 de junio

Texto: Proverbios 16:1-24

Palabras que endulzan la vida

“El entendido en la palabra hallará el bien, Y el que confía en Jehová es bienaventurado. El sabio de corazón es llamado prudente, Y la dulzura de labios aumenta el saber.” (Proverbios 16:20-21).

¿A quién no le gusta comer algo dulce después de almorzar? Aunque más no sea una fruta, hay personas que si no comen algo dulce les parece que no comieron bien. A fin de cuentas, son gustos y cada uno puede elegir. Ahora, cuando entendemos que nuestras palabras también dan sabor a la vida y a quienes nos rodean, ¿qué sabor elegimos? ¿Amargo, ácido, picante, salado o dulce?

Dios nos invita a que nuestra forma de hablar refleje lo que creemos y nuestra identidad como sus hijos. La dulzura de labios refiere a ser capaces de hablar para edificar y obrar bien en la vida de quienes nos escuchan. Las palabras que endulzan son palabras sabias que reflejan inteligencia y atención a las necesidades del prójimo. Cuando compartimos la Palabra de Dios a quienes no la conocen quitamos la amargura de su vida trayendo la dulzura de un mensaje diferente que ofrece amor, perdón y consuelo. Llevamos a Jesús a sus vidas. Así mostramos que confiamos en Dios porque sabemos que su Palabra no vuelve a Él vacía, sino que siempre da frutos y eso nos anima a compartirla en todo tiempo (Isa 55:11).

Señor, Tu santa Palabra llena nuestra vida de dulzura. Permite que por medio de ella seamos animados a enseñarla sin temor. En nombre de Jesús, quien es la Palabra humanada. Amén.

(El Señor es mi Luz – HL #580, estr.3)

¡Oh, Señor! Enséñame el camino,
Guíame por la senda da verdadera.
Gozaré de la dulzura del Señor
En la tierra de la vida.

17 de junio

Texto: Proverbios 17:1-28

La amistad verdadera

“En todo tiempo ama el amigo, Y es como un hermano en tiempo de angustia.” (Proverbios 17:17).

El verdadero amigo se conoce cuando nos toca pasar por días malos. Sobran los amigos para pasarla bien y disfrutar momentos de ocio. Pero la amistad duradera, la que vale la pena cultivar y cuidar es la que se sobrepone a todo tiempo y situación. La Biblia es clara cuando afirma que un amigo fiel es un hermano en medio del momento más oscuro.

¿Quién es verdadero y fiel en su amistad que estará a nuestro lado cuando llegue la angustia? La respuesta es evidente: Jesús es el amigo fiel y verdadero. Él es el hermano que nos encuentra en medio de la debilidad y tentación (Ro 8:29). Su presencia y cuidado son para nosotros una caricia para nuestros atribulados espíritus. El mismo Jesús afirma que somos sus amigos si seguimos su voluntad (Jn 15:14). Jesús nos ama tanto que nos da su propia vida como muestra de tal amor. Jesús es amigo y hermano. Nosotros también lo somos. Al contemplar su obra por nosotros ahora aprendemos a amar a nuestros amigos, siendo hermanos en medio de la angustia. De esta forma, ejercitamos la fe que es activa a través de obras de amor por el prójimo, más aún de quien nos necesita.

Eterno Señor, Tú nos diste el tesoro de la amistad por medio de tu Hijo Jesús. Te pedimos que nos animes por el Espíritu Santo para ser atentos y cuidadosos de nuestros amigos y hermanos en todo tiempo. En nombre de Jesús. Amén.

(¡Cuán dulce el nombre de Jesús! – HL #791, estr.4)

¡Jesús, mi amigo y mi sostén!

¡Bendito Salvador!

¡Mi vida y luz, mi eterno bien!

Acepta mi loor.

18 de junio

Texto: Proverbios 20:5-25

Con paciencia y sin rencor

“No digas: Yo me vengaré; Espera a Jehová, y él te salvará.” (Proverbios 20:22).

La venganza y el deseo de revancha son actitudes que amargan nuestros corazones. Es bien conocido el refrán: *“la venganza es un plato que sirve frío.”* Dando a entender que conviene planear bien las acciones vengativas para que tengan un resultado favorable. Esta forma de pensar considera la venganza como algo posible, incluso necesario. Sabemos que las consecuencias de esta forma de pensar son impredecibles.

Cuando reflexionamos en los sentimientos negativos y oscuros que rodean la venganza nos damos cuenta de que son contrarios a nuestra identidad como hijos de Dios. Confesamos que Dios nos defiende de nuestros enemigos, pero anhelamos tomar la defensa en nuestras manos. Hoy somos invitados a esperar una vez más en Dios. Nuestro gran enemigo: el diablo y sus tentaciones buscan hacernos caer. Frente a tales ataques solo Jesucristo puede ser quien nos salve y rescate de la angustia, el dolor y el resentimiento. Una actitud paciente y atenta a las promesas de la Palabra de Dios evitarán que nos desviemos hacia senderos de pecado. Por eso, no digamos *“me vengaré”*, sino por el contrario aprendamos a decir junto al apóstol Pablo: *“No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.” (Ro 12:21)*

Dios de toda gracia, infunde en nosotros la paciencia y dominio propio para no dar lugar a la venganza en nuestras mentes. Permite que podamos compartir tu misericordia donde sea que estemos. En nombre de Jesús. Amén.

(Bendito el hombre que gozoso – HL #929, estr.3)

¡Paciencia, pues! En Él espera;
Calla y medita con placer,
Cómo el Señor siempre se esmera.
Porque tu bien anhela ver.
Él, que te quiso escoger,
Sin duda te ha de sostener.

19 de junio

Texto: Proverbios 22:1-21

De la mano de Dios hasta el fin

“Instruye al niño en su camino, Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.” (Proverbios 22:6).

Recuerdos de la infancia que perduran toda la vida: un juego, una canción, aroma de comidas, la visita de los abuelos, regalos esperados. ¡Cuántas memorias que atesoramos ocurrieron en los primeros años de nuestras vidas! Cuánto más si estas memorias y aprendizajes están marcados por la buena voluntad de Dios: los Diez mandamientos, el Credo y el Padrenuestro. Estas son las primeras palabras del lenguaje de la fe que podemos enseñar a los más pequeños. Con estas primeras palabras aprenderán a conocer y amar a un Dios cercano y atento a sus vidas.

Con el paso del tiempo conocerán más verdades de Dios y sus promesas de amor y perdón en medio de las circunstancias más difíciles que puedan vivir. Este es el camino del que aprenderán a no apartarse para que les vaya bien y tengan una larga vida sobre la tierra, como promete la misma Palabra de Dios. Por eso la exhortación es definitiva: sembremos la Palabra de Dios que se hace uno de nosotros en Jesús para abrirnos el camino a la verdad y guiarnos hacia la vida verdadera. Si dedicamos tiempo y esfuerzo en esta noble vocación habremos sembrado para la eternidad y salvación de muchos.

Padre de todos, gracias por darnos en tu Palabra el fiel mandamiento de instruir en la fe a los más pequeños. Permite que lo hagamos con dedicación y confianza en tu promesa de cuidado y perdón. En nombre de Jesús. Amén.

(Escuchad, Jesús nos dice – HL #1008, estr.3)

Si como elocuente apóstol
No pudieras predicar,
Puedes de Jesús decirles,
Cuánto el hombre supo amar;
Si no logras que sus culpas
Reconozca el pecador,
Conducir los niños puedes
Al benigno Salvador.

20 de junio

Texto: Proverbios 22:22-23:12

De la mano de Dios hasta el fin

“No robes al pobre, porque es pobre, Ni quebrantes en la puerta al afligido; Porque Jehová juzgará la causa de ellos, Y despojará el alma de aquellos que los despojaren.” (Proverbios 22:22-23).

La vida está llena de injusticias y sinsabores, con solo ver las noticias observamos formas en que el pecado se manifiesta: robos, asesinatos, violencia, bullying en la escuela, corrupción a todo nivel e impunidad. Buena parte de estas injusticias las sufren los más necesitados, débiles, y marginados. Para ellos parece que no hay justicia. En este día Dios nos invita a considerar esta realidad desde una perspectiva activa.

Es fácil tomar una actitud de espectador cuando vemos los males de este mundo, pero no hacemos nada. Una forma activa de contribuir al bien de la sociedad indica que nuestras conductas sean reparadoras y de misericordia hacia el más débil, pobre y afligido. Al atender las necesidades de quienes más nos necesitan los ayudamos a comprender que el amor de Dios también está atento y disponible para ellos. Recordemos que nuestro Señor Jesús al ver nuestra pobreza y debilidad vino a rescatarnos de la injusticia del pecado para darnos libertad por medio de su muerte y resurrección. Ahora, en esta libertad bendita ayudamos y cuidamos con el mismo amor con que Cristo nos sirve desde la cruz.

Señor Justo, Tus ojos están atentos al débil y afligido. Te pedimos que nos ayudes a mirar y cuidar con la misma atención a quienes hoy necesitan de nuestra misericordia y generosidad. En nombre de Jesús, quien dio su vida por la humanidad. Amén.

(Diez mandamientos son la ley – HL #852, estr.8)

“A nadie, nunca, robarás,
Lo ajeno tú respetarás.
Trabaja y generoso da
Al que en pobreza está.”
¡Piedad, Señor!

21 de junio

Texto: Proverbios 24:1-22

Sostenidos por la gracia de Dios

“Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse; Mas los impíos caerán en el mal.”
(Proverbios 24:16).

Nuestras vidas están marcadas por momentos difíciles. Nos sentimos débiles, desorientados, sin intención de seguir adelante. Las propias frustraciones o los obstáculos que surgen por las injusticias en la sociedad son fuente de caídas. Sin embargo, cuando todo parece perdido no encontramos fortaleza y dirección en nosotros mismos, sino que dirigimos nuestra mirada a la fuente de toda esperanza. Jesucristo es el motivo por el que nuestras manos cansadas son reanimadas en su promesa de perdón y amor perfecto. Dios está con nosotros siempre: *“...todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28:20). En nombre de Cristo aprendemos a orar con fe diciendo cada día: *“Líbranos del mal.”* La respuesta de Dios no se hace esperar y nos levantamos para testimonio de su poder y sabiduría.

Pero, ¡ay de aquel que no tiene su refugio en el Dios verdadero! Su destino es caer hasta el abismo de la condenación eterna. Cuando reflexionamos en esto no podemos permanecer pasivos. Dios nos desafía para que demos un testimonio valioso de nuestra fe cuando caemos y nos levantamos en su nombre. De esta forma, quienes nos oigan y vean podrán recibir un mensaje que, por obra del Espíritu Santo, les permita conocer la verdad y ser liberados del mal eterno.

Señor del desvalido, nos levantaste del barro del pecado para purificarnos como un pueblo santo. Haz de nosotros testigos fieles de tu amor y luz para las naciones. En nombre de Jesús. Amén.

(Necios dicen con sus Labios – HL #853, estr. 5)

Sin paz su corazón será,
Sus miedos, permanentes,
Dios con los justos estará,
Que le son obedientes.
Burlas lanzan cuando dice,
Que los pobres son felices,
Pues Dios es su consuelo.

22 de junio

Texto: Proverbios 25:1-22

Sirvamos con compasión a todos

“Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan, Y si tuviere sed, dale de beber agua; Porque ascuas amontonarás sobre su cabeza, Y Jehová te lo pagará.” (Proverbios 25:21-22).

Uno de los grandes desafíos que vive el pueblo cristiano es ejercitarse en el amor al enemigo, es decir a quien se opone, contradice o deliberadamente busca nuestro mal. Aun con lágrimas en los ojos podremos confesar frente a Dios que nos cuesta y hasta que no podemos. Entonces, frente a esta imposibilidad en nosotros ¿qué haremos?, ¿qué diremos?

La única respuesta posible no vendrá de nuestra razón que solo busca justificar nuestra conducta evadiendo la clara Palabra de Dios. La única respuesta a nuestra debilidad viene desde la cruz. Allí, elevado al cielo entre el Padre y nosotros, Jesús miró a la humanidad que lo despreciaba, burlaba, castigaba y maldecía con amor y compasión. Desde ese lugar de dolor e injusticia intercedió diciendo: “Padre, perdónalos...” (Lc 23:34). Los enemigos de Jesús fueron objeto de su misericordia. Cada uno de ellos sin distinción. Nosotros también, por naturaleza enemigos de Dios, somos amados y perdonados cada día. Nos nutrimos y aprendemos del perdón de Jesús para que, aun imperfectamente, podamos ejercitarnos en el testimonio de amar y perdonar a todos los que nos ofendan, sirviéndoles con lo que necesiten de nosotros.

Redentor de la humanidad, diste tu vida para que tengamos vida abundante. Concede en tu gracia que aprendamos a perdonar y ayudar a quienes nos ofendan. Por tu misericordia y buena voluntad. Amén.

(Yo escucho, buen Jesús – HL #627, estr. 2)

Tú ofreces el perdón
De toda iniquidad,
Si arrepentido el corazón
Implora tu piedad.
Yo soy pecador,
Ten de mí piedad,
Quita todo mi dolor
Y borra mi maldad.

23 de junio

Texto: Proverbios 27:1-24

Una palabra dada a tiempo

“El ungüento y el perfume alegran el corazón, Y el cordial consejo del amigo, al hombre.”
(Proverbios 27:9).

Una buena palabra compartida a tiempo puede hacer la diferencia. Nos damos cuenta del valor y poder de lo que decimos. Al mismo tiempo, queda claro que cuando callamos, pudiendo dar un buen consejo, negamos la posibilidad de hacer un bien y traer calma. El silencio y la indiferencia provocan dolor y malestar en nuestro entorno. Por otro lado, las buenas palabras se comparan al aroma de un perfume o el bienestar que produce un ungüento en la herida. Dios nos concede el don de comunicarnos de una manera significativa para que quienes nos rodean sean consolados y orientados hacia la eternidad. La buena comunicación trae alegría y es sanadora.

Para ofrecer un consejo cordial necesitamos ser nutridos por la fuente de donde brotan palabras de vida eterna. La Biblia es fuente y origen de todo buen consejo. Nos da un mensaje que produce frutos abundantes de tranquilidad y consuelo a quien lo recibe. En medio de tantos mensajes agresivos y descuidados hacia los más débiles, Dios nos estimula a que aprendamos de su propia Palabra, para que seamos capaces de encarnar diariamente lo que significa ser sal y luz en el mundo por medio de nuestras palabras (Mt 5:13-16).

Padre de toda bondad, por medio de tu Palabra hiciste todo lo que vemos. Ahora imploramos que nos recrees por medio tu Palabra viva para que demos un cordial consejo a quienes hoy no te conocen. Por Jesús, nuestro Salvador. Amén.

(Con ansia clamo, ¡Oh, Santo Dios! – HL #628, estr.3)

A Dios mis ojos alzaré:
En mí sólo hay bajeza;
Mas en su fiel Palabra hallé
Consuelo y fortaleza.
Dios sanará mi corazón,
Por tanto, es siempre mi oración
¡Dios mío, no te tardes!

24 de junio

Texto: Proverbios 30:1-9, 18-33

La protección necesaria

“Toda palabra de Dios es limpia; Él es escudo a los que en él esperan.” (Proverbios 30:5).

La seguridad es un bien añorado por todos. Las familias invierten buena parte de sus ingresos para tenerla: alarmas, pólizas, vigilancia privada, seguros de vida, etc. Los gobiernos hacen de la seguridad nacional un asunto de estado. ¿Quién puede estar absolutamente seguro en este mundo? Otro ejemplo: la vida es puesta en jaque con un nuevo virus para el que no hay vacuna, ¿Quién puede pensar que es inmune a todo peligro?

Si en lo físico o material reconocemos lo efímero de nuestras certezas, ¿cuánto más hemos de considerar dónde se afirma nuestra esperanza en cuanto a lo espiritual? Nuestro firme cimiento no es otro que la Palabra de Dios, sobre ella edificamos lo que permanece para siempre. Para que una vida confiada en las promesas de Dios se manifieste es necesario preservar su Palabra con fidelidad, es decir *“limpia”* o inalterada. No agregamos ni quitamos nada a lo que Dios nos dice, pues en la Biblia encontramos todo lo necesario para la salvación. Solo así estaremos seguros de que permanecemos en la verdad. Cuando la Palabra se preserva pura y sin corrupción de enseñanzas humanas, entonces también es un escudo que protege y cobija a todos los que se aferran a la esperanza que de ella siempre brota. Con esa esperanza vivimos y estamos seguros, pues cielo y tierra pasarán, pero su Palabra permanece para siempre (Mt 24:35).

Señor, fuente de vida y escudo nuestro, preserva nuestras vidas bajo el amparo de tu pura y santa Palabra. Por Jesús, nuestro Salvador. Amén.

(Óyeme Jesús Divino – HL #774, estr.3)

Guarda tierno a mis amigos,
Limpia Tú mi corazón;
Y al morir, que para siempre
Viva en celestial mansión.

25 de junio

Texto: Proverbios 31:10-31

La belleza que no se desvanece

“Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; La mujer que teme a Jehová, esa será alabada.”
(Proverbios 31:30).

El tiempo deja sus huellas, algunas llegan a ser marcas imborrables. En la sociedad actual percibimos un anhelo profundo por ganarle al tiempo. Los tratamientos anti-edad están a la orden del día y son cada vez más sofisticados. Las mujeres son, en gran medida, el público al que apuntan estas propuestas, con la promesa de recuperar o sostener la belleza exterior que se va perdiendo.

Una vez más, La Palabra de Dios nos deja en claro que lo que se percibe con los sentidos: *“gracia y hermosura físicas”*, constituyen una escala de valoración que es engañosa y superflua. El aspecto físico no es el parámetro con el que Dios considera y ama a las personas (1 Sam 16:7). Por el contrario, aquello que no percibimos con los sentidos, sino que se manifiesta en una espiritualidad que se entrega confiadamente en temor al único y verdadero Dios es la manera en que se logrará reconocimiento y alabanza. Esta alabanza no es un logro personal, sino un fruto de la fe. El don perfecto con el que Dios adorna a sus hijos e hijas los hace bellos y plenos en su presencia y los prepara la eternidad. Busquemos y cultivemos la verdadera belleza, la que solo Dios puede dar y perdura para siempre.

Dios Santo, la verdadera honra y belleza provienen de un corazón purificado en la sangre de tu Hijo. Enséñanos a mirar con tus ojos, para que en fe estemos atentos a lo que es digno de alabanza. Por Jesús. Amén.

(El sol dorado – HL #757, estr.5)

Si darme quieres, lo que prefieres:
Mi vida llene, dicha perenne,
De saber siempre la santa verdad:
Dios es grandeza, bondad y belleza;
Dios es dulzura, y lo que perdura;
Caudal eterno de fidelidad.

26 de junio

Texto: Josué 1:1-18

Con el Señor, es posible

“Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas.” (Josué 1:7).

Hay momentos en la vida en que nos vemos enfrentados con tareas desafiantes que parecen a primera vista imposibles de concretar. La realidad es que servir a Dios, cualquiera sea la vocación particular que implique, es imposible. Dios nos llama a confiar en Él sobre todas las cosas y esto es en esencia dejar de confiar en nosotros mismos. Por eso nos parece imposible. La renuncia a nuestro ego y búsqueda de gloria personal deben morir a los pies de aquel que dio su vida por nosotros. Él lo dio todo y por eso ahora solo nos queda ejercitar la fe a partir de la certeza que Dios nos conduce por el camino que ha marcado para nosotros.

Como con Josué, también somos invitados a esforzarnos, ser valientes y sostener con total decisión la Palabra por la que somos nutridos para eternidad. En medio de los peligros y dificultades tenemos dirección y criterio para no apartarnos del camino de Dios. Con Él de nuestro lado, lo que parece imposible es posible.

Dios poderoso, Tu Palabra es nuestra guía y tus promesas nuestro consuelo. Haz que tu presencia nos sostenga cuando nos veamos débiles y derrotados. Concédenos tu gracia para vivir en la victoria que tu Hijo Jesús nos ganó. En su nombre. Amén.

(Estad por Cristo Firmes – HL #812, estr.2)

Estad por Cristo firmes, os llama a combatir;
Con Él, pues a la lucha, soldados todos id.
Probad que sois valientes, luchando contra el mal;
Es fuerte el enemigo mas Cristo es sin igual.

27 de junio

Texto: Josué 2:1-24

Promesas cumplidas

“Ellos le respondieron: Nuestra vida responderá por la vuestra, si no denunciareis este asunto nuestro; y cuando Jehová nos haya dado la tierra, nosotros haremos contigo misericordia y verdad.” (Josué 2:14).

Rahab fue una mujer que vivía en Jericó y hospedó a los espías enviados por Josué. Ellos fueron descubiertos y perseguidos por las autoridades de la ciudad. Así es que Rahab los refugió en su casa para que no sean atrapados. En este contexto surge la promesa de cuidarla y protegerla cuando Dios entregue la ciudad al pueblo de Israel. Esta escena nos recuerda la importancia de confiar en la Palabra de Dios y de la misma forma ser confiables en todo lo que decimos.

Dios prometió entregar esta ciudad a los israelitas y así lo hizo. Los espías prometieron cuidar a Rahab y su familia cuando conquisten la ciudad y así lo hicieron. Es una consecuencia natural. Todos los que disfrutan de la misericordia y verdad de Dios como un don inmerecido, no pueden más que replicar, aun con limitaciones, un estilo de vida que los identifique con su Padre celestial. Actuar con misericordia y verdad es una posibilidad para la cual Dios nos capacita en el poder de la obra de Jesús para nuestro perdón y vida renovada.

Dios fiel, nos alumbras con promesas eternas. En tu misericordia permite que busquemos mostrar con misericordia y verdad nuestra identidad como hijos tuyos. En nombre de tu Santo Hijo. Amén.

(Todas las Promesas – HL #856, estr.2)

Todas sus promesas para el hombre fiel,
El Señor, por su Palabra, cumplirá;
Y confiado sé que para siempre en Él
Paz eterna mi alma gozará.

28 de junio

Texto: Josué 3:1-17

Atentos a sus Palabras

“Y Josué dijo a los hijos de Israel: Acercaos, y escuchad las palabras de Jehová vuestro Dios. Y añadió Josué: En esto conoceréis que el Dios viviente está en medio de vosotros, y que él echará de delante de vosotros al cananeo, al heteo, al heveo, al ferezeo, al gergeseo, al amorreo y al jebuseo.” (Josué 3:14).

Una de las mayores decepciones que podamos tener ocurre cuando nos damos cuenta de que no nos prestan atención cuando hablamos. Podemos ofrecer el mejor mensaje, sin embargo, cuando hacemos una pregunta sobre lo hablado, nadie responde; o peor aún, la respuesta que recibimos no tiene nada que ver con lo dicho. Nos distraemos con gran facilidad.

Por eso Dios en su Palabra nos exhorta primero a que nos acerquemos a Él; segundo, que lo escuchemos atentamente y tercero, que conozcamos su buena voluntad hacia nosotros: Él está vivo y activo entre su pueblo. Esta es la forma en que Dios quiere que estemos en su presencia: cerca, atentos y confiados. Todo esto es posible por Jesús. En Él, Dios está presente en medio de la humanidad y nos llama para que pongamos su mirada en su obra sacrificial en la Cruz. Atentos a su obra de amor, celebramos la vida que resulta de su cuerpo castigado y la victoria completa sobre todos nuestros enemigos por su gloriosa resurrección.

Señor Jesús, en la Palabra nos invitas cada día a oír con atención para ser instruidos en la verdad. Orienta nuestras mentes y corazones para guardar con devoción cada una de tus promesas. En tu santo nombre. Amén.

(Grato es Contar la Historia – HL #1009, estr.3)

Grato es contar la historia
Que grata siempre es,
Y es más al repetirla,
Preciosa cada vez.
La historia que yo canto
Oíd con atención,
Pues es mensaje santo
De eterna salvación.

29 de junio

Texto: Josué 4:1-24

Manos que todo lo pueden

“para que todos los pueblos de la tierra conozcan que la mano de Jehová es poderosa; para que temáis a Jehová vuestro Dios todos los días.” (Josué 4:24).

Nuestras manos son maravillosas. Si nos tomamos un minuto para observarlas en detalle, nos damos cuenta de que tienen una versatilidad para lograr movimientos simples y complejos. Además, las usamos para comunicar: una mano extendida indica saludo y amistad, un puño cerrado enojo y rechazo. Con nuestras manos resolvemos la mayoría de las necesidades cotidianas.

La imagen de la mano poderosa de Dios nos permite descubrir que tenemos un Señor que actúa. Dios no está quieto o desinteresado de nuestra realidad. Su presencia en este mundo es activa, poderosa, evidente a quienes atestigüen sus obras. Las obras de Dios tienen como propósito darse a conocer plenamente en toda su gloria: Él es Creador, Salvador y Santificador. Así lo confesamos en el Credo Apostólico. Él es ante todo un Dios que obra, pero más aún, nos reconforta al darnos cuenta que todas sus obras son en favor de su pueblo: lo conocemos y nos alegramos de que su mano es nuestro refugio. Las manos poderosas de Dios humanado, el Señor Jesús, fueron extendidas y clavadas injustamente al madero de la cruz. Su sacrificio y renuncia inocente son una manifestación de su poder absoluto. De esta forma, somos animados a creer y esperar que tomados de la mano del Salvador tenemos vida eterna.

Señor Jesús, tus manos de amor son la garantía de nuestro perdón. Obra en nosotros el deseo de servirte con manos santas y dedicadas. En tu santo nombre. Amén.

(Feliz aquel que teme a Dios – HL #1024, estr.1)

Feliz aquel que teme a Dios,
Y en sus caminos anda en pos,
Quien pos sus manos comerá,
Bendito él, feliz será.

30 de junio

Texto: Josué 5:1-6:5

En la presencia del Santo

“Y el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo.” (Josué 5:15).

¿Quién de nosotros pensaría en participar de una fiesta, ir a una graduación o casamiento descalzo? No sería apropiado. Los eventos importantes de la vida suelen ser acompañados por una vestimenta adecuada, entre lo que destacamos un buen y elegante par de zapatos. Dios vuelve a sorprendernos, pues en su presencia solo es adecuado presentarnos y adorarlo descalzos, sin nada que ostentar ni ofrecer. Frente a Dios nada que obtengamos en este mundo tiene valor: riquezas, poder, status social, fama, inteligencia, etc. Cualquiera de esas cosas es nada frente a Él. Una actitud humilde y desatenta de lo mundano es la única posible que Dios considera en su presencia.

Atendamos a la Palabra de Dios, considerando que nos invita a despojarnos de todo para abrazar al que todo lo da por pura misericordia. Jesús mismo, siendo Dios se despojó de todo lo que le era propio para nuestro bien y perdón. Incluso fue despojado de su ropa para asumir el castigo de la cruz, el que era nuestro y merecíamos. En su desnudez, Jesús el Santo prometido nos declara santos y enriquece con dones benditos. Así, contemplamos y vivimos en su presencia disfrutando del agua viva del Bautismo y somos nutridos para la eternidad en la Santa Cena.

Dios de toda bondad, imploramos que nos ayudes a despojarnos de toda pretensión en tu presencia para abrazar el bien eterno de tus promesas. En el santo nombre de Jesús. Amén.

(Ante la Presencia – HL #615, estr.3)

Fuente de la gracia,
Purifica el alma:
Sólo en Ti mi fe descansa.
Con los querubines
Ante tu presencia
Siempre, siempre te adoramos.
Reina Tú sobre nos:
Tal como en el cielo
Reina aquí en la tierra. Amén.